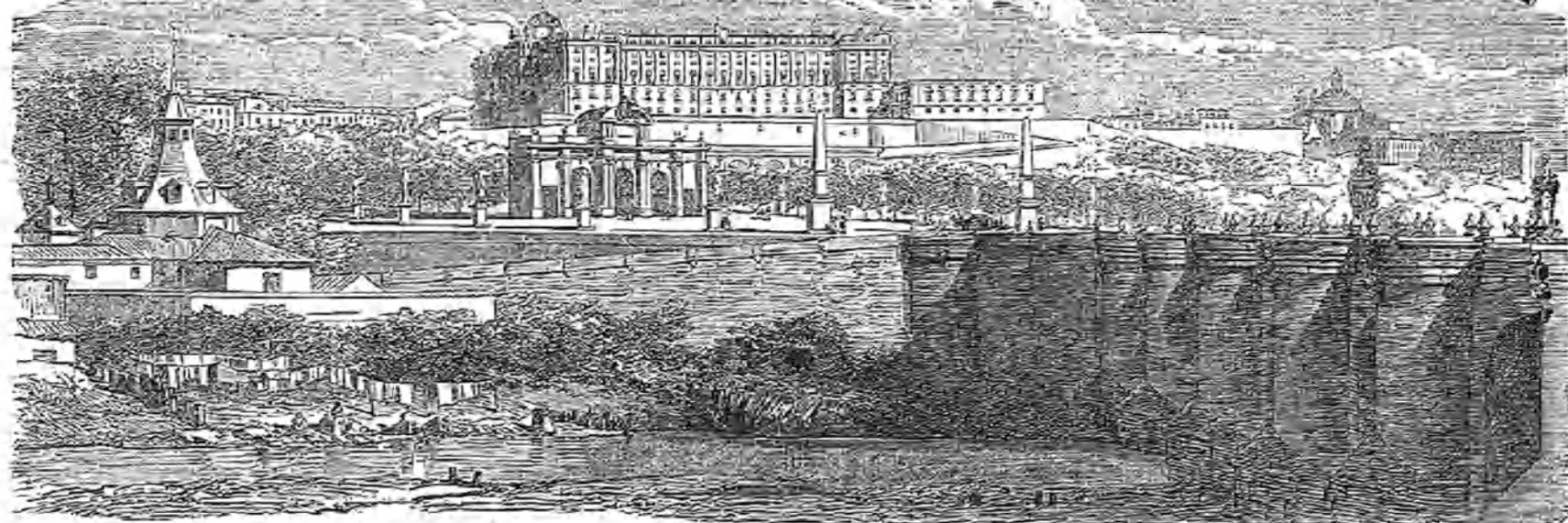


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO I.

MADRID 12 DE MARZO DE 1870.

NÚM. 5.º

SUMARIO.

TEXTO.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Obras completas de P. Virgilio Mabon, traducidas al castellano por don Eugenio de Ochoa, de la Academia española, por D. Roman Góngora.—El Torero, por D. José Luis de Alcarada.—Una Alegoría, por D. Antonio Arnao.—En el Cuerpo de un amigo, novela diabólica, por D. José Fernandez Becerra.—Las Manchas del Sol, por W. W.—Teatro, por D. A. Sánchez Pérez.—La tumba ignorada (poesía), por D. A. García Gutiérrez.—¿Cómo no amarla! (poesía), por el Marqués de Heredia.—A mi querido amigo D. Manuel Pérez de Molina en la muerte de su hija (poesía), por D. Luis de Eguíluz.—*** De un libro inédito (poesía), por D. Gustavo Adolfo Becquer.—Cantares, por D. José de Fuentes.—D. Gonzalo Castañón.—La acción de Guinimaro.—Orlas de un códice del siglo XIV al XV, del archivo de la Catedral de Toledo.—Aldeanos del valle de Loyola.—Medalla concedida á los valientes defensores de las Tunas.—Obras de restauración del palacio de Alcañices en Madrid.—D. Joaquín Gaztambide.

GRABADOS.—D. Joaquín Gaztambide, dibujo de D. Alfredo Pérez.—Salida de la misa de dos en el Buen Suceso, del mismo.—D. Gonzalo Castañón, del mismo.—Asesinato de D. Gonzalo Castañón en Cayo-Huaso, de D. N. Dalaco.—El Torero, de D. José Casado del Alisal.—Friso y posamanos de la escalera del palacio del Sr. Duque de Sesto en Madrid, de D. Alfredo Pérez.—Aldeanos del valle de Loyola (tipos vascongados), de D. Valeriano Escobar.—Orlas de un códice del siglo XIV al XV, del archivo de la Catedral de Toledo.—La acción de Guinimaro, de D. N. Dalaco.—Medalla concedida á los valientes defensores de las Tunas.—Manchas del Sol, estudiadas en el Observatorio astronómico de Madrid.

ECOS.

Entre las fiestas del Carnaval, la más notable, caprichosa y pintoresca, en que se han reunido al propio tiempo buen tono, cordialidad, animación y riqueza, ha sido la que se celebró en los salones de la Regencia el sábado 26 del pasado Febrero, con motivo del baile de niños con que S. A. obsequió á sus amigos.

¡Espectáculo encantador! ¡Ver allí reunidos como en el boceto de un gran cuadro de historia resplandeciente de verdad y color, caballeros de Luis XIII y oficiales de los tercios de Flandes, marqueses de la Pompadour y damas del tiempo de Luis XIV, polonesas y circasianas, cracovianos y pastores griegos, y descollando sobre este conjunto de diminutos personajes, á modo de corona de aquel mundo microscópico, la estrella del vespúsculo, más hermosa que nunca, y que en aquella noche había trocado su nombre de Hespero por el de Celia Serrano.

Pero si la memoria de aquella reunión no ha de borrarse de la mente de los convidados, tampoco podrá olvidarla LA ILUSTRACION DE MADRID, que apesar de todo su celo y su actividad no puede dar en este número, como era su propósito, un magnífico grabado que represente con exactitud tan notable fiesta.

Nota. El grabado aparecerá en el número próximo.

Inauguróse Marzo con una gran desgracia para los cazadores. Apareció en las esquinas el bando prohibiendo cazar y pescar hasta fin de Julio.

En estos días el conejo, la liebre y la perdiz, bajo la protección de la ley, se atreven á llegar hasta vosotros, y parecen insultaros con andaces miradas.

Vosotros, hombres honrados, pasais con la escopeta al

hombro junto á esos sencillos y desgraciados animales, y renunciáis ante el principio de autoridad á los principios de nuestra mesa. Lo más que podeis permitirnos, dentro de la legalidad, en casos semejantes, es tomar la filiación al animalito y reservaros vuestro derecho de castigar sus provocaciones cuando termina el odioso privilegio que hoy le hace inviolable.

Yo, aunque aficionado á la caza, bien se ofrezca á mis ojos con sus inocentes juegos en las aromáticas dehesas, bien á mi paladar en las regiones no menos aromáticas de la cacerola, veo siempre con placer el bando en que se impone la veda. Me parece un acto de justicia. Dejad crecer física é intelectualmente á la perdiz ó á la liebre; dejadlos alcanzar una edad en que puedan comprender los lazos que se les tienden, y la suerte que la voracidad del hombre les prepara... ¡Sabrán más, es cierto; pero sabrán mejor! ¡Váyase lo uno por lo otro!

En este mismo bando se concede una autorización que conviene tener presente, hoy que la apacible primavera con sus más tempranas flores nos convida á gozar de las dulzuras campestres.

Establece el bando que los perros destinados á la custodia de las posesiones rurales deberán tener su correspondiente bozal durante el día, y dice que el que se viene acometido por ellos, podrá herirlos ó matarlos.

Yo tengo mi manera especial de ver las cosas. Considero que es grande informalidad hacer responsable á la raza canina de las infracciones de un bando que no está en condiciones de apreciar, entre otras razones, por publicarse en caracteres de imprenta, signo de expresión totalmente desconocido hasta de los perros más sábios.

La primera noticia que éstos tienen de las infracciones legales cometidas por sus amos, es recibir un balazo. Sólo con un criterio egoísta se ha podido creer justo proceder semejante.

Yo creeria más sensato, toda vez que los bandos se hacen para los dueños de los perros, que se autorizase á las víctimas de éstos á disparar los revolvers sobre aquellos.

¡En todo el globo no se habla de ver ni un sólo perro que no llevase enjaulado el hocico!



D. JOAQUÍN GAZTAMBEIDE.

También se ha dado una ordenanza prohibiendo la elevación de globos que no reúnan determinadas condiciones.

Esta disposición, á no dudar, parecería escusada á un hombre de ciencia, á Mr. Glaisher, que acaba de afirmar en un luminoso discurso que de 15.000 globos que han ascendido desde 1783 á 1867, sólo quince se han marchado definitivamente con los que iban en ellos.

Confiesa, sin embargo, Mr. Glaisher que el viajar en coche es ménos peligroso que el ir en globo.

En efecto, la ventaja del globo sobre el coche no la goza el que va dentro, sino el que está fuera. En globo no hay miedo que un conductor alegre de cecos atropelle más que á las golondrinas.

El problema de dar dirección á los globos es como el del huevo de Colón: una tontería sublime.

Cierto profesor de geografía explicaba á sus discípulos esta cuestión importantísima, resolviéndola de un modo claro y sencillo.

Vosotros sabéis, les decía, que el mundo es redondo y que dá vueltas. Pues bien, tomad un globo, elevádslo á una gran altura en el espacio y allí, anclados por decirlo así en un punto del aire, esperad á que la bola del mundo en su perpétua rotación presente á vuestros ojos la parte de la tierra, el país, la provincia, y el pueblo á que os dirigís... descendid entonces... y el problema está resuelto!

¡Yo, añadía el sábio geógrafo á que aludo, habría hecho ya la experiencia, si no tuviera la convicción de que me mareo en globo!

En la Regencia ha tenido lugar una comida que se ha diferenciado en mucho de las que suele dar galantemente S. A. á los hombres políticos y á la diplomacia.

Todos los platos que se sirvieron, pertenecían á la cocina española. Pueden Vds. figurarse, sin embargo, que por la esplendidez del servicio, variedad de manjares, delicada confección y adorno de los platos y demás circunstancias propias del sitio en que se celebraba el banquete, no habrá estado completamente dentro del legítimo carácter de nuestra cocina.

Yo sé que me pongo enfrente de una terrible preocupación y que busco la impopularidad; pero sostengo que, en realidad, los españoles no tenemos cocina, sino un sólo plato, el cocido, el cual comemos, no porque sea bueno, sino porque el comerlo es un acto de patriotismo.

La cocina española es el eclecticismo en materia de gastronomía, es el *puchero*: especie de *área* de Noé donde van á parar todas las especies de animales después de muertos; espuesta de barro donde se cocinan todos los desperdicios mastigables; asilo benéfico en que las cocineras recogen los trozos de berza, los huesos mondados, las cortezas de tocino, las crestas de los gallos, las camuesas verdes y otros fragmentos, virutas, ribetes, recortaduras y partículas alimenticias.

Cuando voy á comer á casa de algún amigo, y me presentan el consabido plato, un acceso de tristeza romántica se apodera de mi estómago, al par que en mi fantasía se levanta un sombrío pensamiento.

La fuente me parece un montón de ruinas. Mi fantasía, olvidándose de aquellos garbanzos como de los caracteres de una extraña escritura, reconstruye nuestra historia política y social. Allí está España, allí está su pasado, su presente y acaso su porvenir. Allí están el alma y el cuerpo de los españoles. Allí el valor de San Quintín y la catástrofe de Trafalgar. Allí la prosa de Cervantes y los versos de Calderón, la política de Felipe II y la transvolación de Carlos IV; allí está la epopeya nacional de la guerra de la Independencia; allí, en aquellos garbanzos desmenuzados de otros garbanzos históricos, están las glorias, las grandezas, los errores y los crímenes de nuestros antepasados.

El garbanzo es *moderis salutaris*; la vida de un español no es más que un abismo lleno de garbanzos. Siempre que veo á un compatriota embobado en su copa, me parece ver un gigantesco cucurrucho de aquel comacabito, y no hay negocio en España, ni amor, ni gozos, ni placer, ni honra, ni virtud... sin los garbanzos.

Así, pues, yo los respeto; pero no los como.

Un día llegará, no obstante, en que España sacuda el despotismo del garbanzo. El día en que se convenza de que los jefes de cocina de las grandes potencias no pueden consentir que se reconozca como nación de primer orden á un país *sub-principis* y cuya organización política, administrativa, social y culinaria, está representada por el puchero.

Un hecho sumamente raro acaba de tener lugar en una de las casas de juego de Alemania: un caballero, después de llevar mucho rato jugando ganó con la carta que tenía mil ducados; el garuplé le aproximó varios cartuchos de oro, preguntándole si quería continuar jugando: el jugador no contestó; ¡estaba muerto!

Entonces el garuplé retiró el dinero, diciendo que no podía haber juego posible entre un vivo y un muerto.

Los herederos de éste sostienen lo contrario.

Se ha entablado, pues, un pleito, que ofrece ser curioso.

Habría sido la única vez que haya podido decir en alta voz á su vecino cualquiera de los concurrentes:

—Ayúdeme Vd. á levantar este muerto.

El caso, en medio de su rareza y de la oscuridad que le envuelve, tiene para mí un punto luminoso. Puede asegurarse que el muerto no era uno de esos seres que están entregados por completo al demonio del juego.

Ningun jugador de ley se muere estando en ganancias.

De un hecho, que tiene grande analogía con este, fui testigo presencial hace algunos años.

Asistía yo á una casa en que la señora daba reuniones. En una de éstas presentaron á un caballero de edad muy avanzada, pero amigo de los bailes y de las muchachas bonitas.

El buen señor no hizo más que llegar á la fiesta, ser presentado á las señoras, ofrecerles sus respetos, sentarse en una butaca... y morir.

Escusado es decir que aquello fué una dispersión general.

Al día siguiente me decía la dueña de la casa, hablando de la catástrofe:

—No siento el que se haya muerto, sino la descortesía de venirse á morir á una casa en que no tenía confianza.

—Señora—la contesté yo por calmarla—es de suponer que no vendría con esa intención.

Siento entregarme con exceso á la literatura fúnebre; pero es el caso que acabo de leer en un periódico la noticia de que se ha establecido en Madrid una sociedad titulada *La Humanitaria*, que tiene por objeto proporcionar á sus asociados los medios de disponer, á su fallecimiento, de una fuerte suma destinada á las necesidades de sus familias.

Es una gran idea, que obedece á un principio tan humanitario por lo ménos como el título de la sociedad.

Discurrir Vds. un poco y se convencerán de que en este mundo nada hace amar la vida tanto como el deseo de labrar la fortuna de nuestros hijos, para que éstos, cuando hayamos muerto, no nos echen tan de menos.

La sociedad en cuestión parece que viene á llenar este deseo del hombre de un modo rápido y sencillo; así que ya no tiene Vd., para no morir, el pretexto de que lo necesitan sus hijos. *La Humanitaria* ha nacido para sustituirle á Vd.: ella será hiberna y nodriza universal, consuelo de las viduas y paño de lágrimas de los desconsolados herederos.

La muerte no tendrá ya tantos horrores para el padre de familia, que de hoy en adelante morirá como un justo reclinando la cabeza sobre las pólizas de aquel benéfico establecimiento.

Yo, sin embargo, me permitiré dar un consejo á los padres...

Pero... ¡bah! necesitan acaso los padres de mis consejos para saber lo que conviene á sus hijos!

Si es V. al mismo tiempo hombre perezoso y buen católico, si le gusta la cama y si tiene, como es natural, un disgusto cuando no llega á misa en los días en que hay obligación de oír, aún le queda á V. un recurso. Duerma V. hasta las doce, almuercas á la una y vaya á la iglesia del Buen Suceso á las dos.

Allí no es seguro que le dejen oír á V. la misa con reconocimiento las muchachas que entran y los pollos que salen; los militares que se abren paso por entre los fieles, usando á guisa de palanca de la vaina del sable; las damas de alto cotarao que, para vialtar al Señor, se han puesto el sombrero de plumas y el vestido de color de grana y que al sentarse sobre las losas del templo se pegan en un océano de tul á media docena de los más próximos feligreses; el papá que reprocha á sus niños la irreverencia de fabricar en aquellos momentos algun barto de papel, ó de pasar ravista á un pliego de alhucyas en el fondo de la gorra; los mil incidentes, en fin, que ocurren en un templo donde se llega con más pre-

mura que devoción; pero, al ménos habrá V. cumplido con el mundo, el cual supone, juzgando por las apariencias, que V. se encuentra allí con el propósito de oír misa.

La de dos en el Buen Suceso es la misa de los católicos de tono; pero no la de los simples católicos. Así es que debo decir, en descargo de algunas bellas que asisten á esa misa, que no van allí sin haber oído antes otra, en prueba de que son mujeres de conciencia.

Se anuncia la próxima llegada á Madrid del *quirográfico* y *fronólogo* Carlos Girard, que durante cuatro años ha practicado el arte de leer en el porvenir por medio del estudio de las líneas de la mano en Montevideo, en Buenos Aires y en el Brasil.

Mal negocio. La magia no produce ya más que comedias: el diablo está en decadencia. Por añadidura, en cuanto Mr. Girard llegue á España, gran número de individuos le presentarán las palmas de las manos, mas no por si gusta hacer profecías, sino por si tiene á bien poner en ellas algun dinero, que la escasez de este artículo es grande.

Respecto á los recursos que pueda encontrar en su ciencia fronológica, no han de sacarle de apuros.

En este país del amor y de la guerra, el que más y el que ménos sabe darse explicación satisfactoria de las protuberancias de su cráneo; y para saber si un prójimo ha sido criminal ó hombre de bien, basta con preguntar su vida y milagros y saber si lo ahorcaron ó si murió sin deudas.

Me acuerdo de aquel pacífico ciudadano que entregó en vida su cráneo á la libre inspección de un fronólogo.

Registraba éste por entre la rubia y poblada cabellera del paciente palpando con la punta de los dedos y recorriendo valles y montañas de aquel hemisferio.

—¡Oh! exclamó el fronólogo horrorizado al encontrarse con un chichón, especie de Montblanc en miniatura: ¡cielos! ¡este hombre tiene aquí indicado el género del asesinato!

—¡Miré, ó por mejor decir, toque Vd. bien, contestó el acusado, porque pareceme que lo que ahí tengo es una gran doblez de la palma!

Discurriendo el Ayuntamiento de Madrid acerca de los arbitrios que podrian proporcionarle recursos, ha discurrido establecer un impuesto sobre los canales de las casas particulares que vierten á la calle.

Aplaudo sin reservas el arbitrio. ¡Hay cosa más terrible que pasar en días de lluvia por alguna de las calles en que existen esos edificios con espitas que le propinan á uno baños de chorro, sin que la higiene lo reclame!

Por desgracia para el Municipio, quedan ya en Madrid muy pocos monumentos hidráulicos de esa especie. Sospecho, pues, que los canales han de dar poca agua y ménos dinero.

Los socios del aristocrático Veloz-Club han empezado ya las *tiradas* de palomas en los terrenos que la sociedad tiene arrendados, á espaldas del Retiro, para la perpetración de estos asesinatos.

¡Pobres palomas! ¡Qué así se trate al bípodo más interesante y político, al símbolo con plumas de los castos amores!

Por lo visto, los socios del Veloz-Club han declarado guerra á la inocencia.

Dícese que Alejandro Dumas vendrá muy pronto á España, con objeto de restablecer su quebrantada salud.

Varios españoles, admiradores del célebre novelista, tienen pensado alquilar unos cuantos bandidos generosos para salir á recibirle.

Es una adalación que reprocho enérgicamente.

¡Cómo ha de ser! No ha dicho la verdad al decir á otros que la magia sólo produce ya comedias. En la sala cuarta de esta Audiencia se ha visto hace días una cosa en la cual aparece el diablo coisido á los autos. Se acusa á dos mujeres de haber embaucado á no sé quién con sortilegios y hechizos.

Me alegraré de que el diablo resulte culpable, y de que lo ahorquen; salvo el caso, se entiende, de que esté metido en el cuerpo de alguna de las cómplices.

OBRAS COMPLETAS

DE

P. VIRGILIO MARON,

traducidas al castellano

POR D. EUGENIO DE OCHOA,

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

Madrid.—Imprenta y estereotipia de D. Rivadeneira, 1839.

Lamentábase, no hace muchos años, el autor de estas líneas del abandono en que ha caído en España el estudio de la lengua y de la literatura latina, y al compararle con el esmero que emplean en cultivar una y otra los pueblos más ilustrados de Europa, excitaba y se dirigía á los Gobiernos de la patria para que, con el auxilio de leyes bien entendidas de Instrucción pública, ó haciendo uso de otros medios más eficaces, procuraran combatir la desidia que se ha apoderado de nosotros en materia tan importante, y despertar el entusiasmo completamente adormecido aquí, donde reina un descuido imperdonable y donde dentro de pocos años no habrá tal vez, quien tenga suficiente competencia para interpretar con mediano acierto una epístola de Horacio ó una página de Cicerón. Al publicar entonces aquel escrito, que precede y sirve de prólogo al tomo VIII del Catálogo de la biblioteca del Marqués de Morante, no abrigaba grandes ilusiones ni me lisonjaba la esperanza del éxito; pero debo confesar que tampoco temía que el mal que denunciaba adquiriera las proporciones que va tomando con la libertad de holganza y las instituciones que se derivan de los preciosos derechos de no estudiar ni enseñar, que hemos conquistado recientemente, dicho sea esto con perdón de los que les rinden tan ardiente culto, y al amparo de la libertad bien entendida que permite un periódico como LA ILUSTRACION DE MADRID, en el que, por no ser de partido, caben todas las opiniones.

En Francia, en Italia, en Inglaterra, y sobre todo en Alemania, no están reñidos los grandes y fecundos progresos del espíritu humano, las aplicaciones á todas las necesidades que ha creado nuestro siglo, el movimiento febril de la industria, la actividad del comercio, las disputas de los neo-filósofos y las especulaciones de la política, con el cultivo de la literatura clásica por excelencia y el conocimiento de la lengua de que es hija legítima la castellana; afánanse, por el contrario, rivalizando en tan noble tarea los sábios más ilustres, para llevar á cabo descubrimientos interesantes, ya de palimpsestos, ya de códices ignorados, y para depurar los textos ó mejorar las versiones, y todos los años arrojan las prensas de la sabia Europa una lluvia de noticias preciosas para el estudio de las letras latinas, ya que no puedan producir con la misma frecuencia ediciones completas de los autores que son objeto de sus fatigas y de sus fecundos desvelos. ¡Imitamos nosotros, los que nos envanecemos con haber nacido en la tierra del Brocense, del P. La Cerda y de Nebrija, el ejemplo de esos pueblos! Triste es confesarlo, pero una vez conocida la enfermedad conviene declararla, y lejos de cerrar los ojos ante sus estragos, es preciso pensar en combatirla y en curarla; triste es confesarlo, pero hay que decir claramente y sin rodeos, que lejos de imitar en España, donde imitamos y copiamos tanto del extranjero, en esto á los demás, apenas nos preocupamos de ese movimiento científico y literario, del que podríamos recoger no poco provecho.

En medio de tan lastimoso decrecimiento y de la censurable negligencia, que nos ha arrancado ese quejido que sale del fondo del corazón, aparecen muy de tarde en tarde honrosísimas excepciones, más dignas de alabanza por lo mismo que escasas, por lo mismo que son más raras; no faltan inteligencias elevadas, sábios diligentes y laboriosos, que sobreponiéndose á los innumerables inconvenientes con que es preciso luchar donde faltan estímulos de toda especie para dar á la estampa libros de esta especie, y alentados solamente por su amor á las letras y por el noble deseo de ser útiles á la sociedad en que viven, siguen otros decretos y dedican toda su capacidad intelectual, el tiempo de que pueden disponer y sus recursos pecuniarios, al estudio de los escritores latinos y á la publicación de obras como la que debemos al académico de la Española, el infatigable y erudito D. Eugenio de Ochoa.

Han transcurrido ya algunos meses desde que vió la luz pública la versión castellana de las obras completas de Virgilio hecha por el Sr. Ochoa, y aunque entonces me rogó mi queridísimo amigo D. Eduardo Gasset y Arri-

me que escribiera algo sobre este libro, no he podido complacerle ántes, porque he necesitado todo este tiempo, no sólo para leerle sino para estudiarle y hasta para cotejar la novísima traducción con otras que me eran de antiguo conocidas, pero que he tenido á la vista en este trabajo de investigación crítica, de continua compulsión, de escrupulosa comparación: al responder hoy á la invitación del Sr. Gasset, no me propongo cansar la atención de los lectores entrando en detalles minuciosos y eruditos, ni en un exámen prolijo de cada una de las partes de esta obra, exámen que la conciencia me obligó á hacer para formar opinión; pues si esto entrara en mi plan, habria de ordenar un libro y no un artículo.

No me parece fuera de propósito advertir previamente que no mueven mi pluma, ni han influido en el juicio que voy á emitir, con poca competencia y buen deseo, deudas de amistad, ni otros sentimientos de los que suelen, oscureciendo la razón, embarazar la imparcialidad; diré la verdad como la siento, que así procedo siempre, pudiendo añadir en esta ocasión, que ni tengo el gusto de contar entre mis amigos al Sr. D. Eugenio de Ochoa. Entremos en materia.

Existen varias traducciones españolas del primero entre los poetas del siglo de Augusto, alguna completa como la que hizo en prosa el maestro Diego Lopez, y otras incompletas ó de algunas de las obras del Cisma de Mantua: no estoy del todo conforme con las opiniones que sobre una y otras apunta el Sr. Ochoa en la interesante y bien escrita introducción que va al frente de su libro, en la cual rasca la mayor parte y las más notables que tenemos en nuestra lengua: Hernando de Velasco, á mi juicio, comprendió bien á Virgilio; pero su versión es desaliñada, prosaica y dura, careciendo sus versos de fluidez y de estilo poético, y poca de difusa; apenas hay página en que no emplee y cometa una sinéresis, y en varias se abren de vez tres y cuatro, que es sin duda lo que más daña á la fluidez; no falta ésta en los versos de Enciso Monzon, nótese por el contrario en este autor más estilo poético; pero su estilo es realmente mucho del gongorismo y altisonancia de aquella época, y lo que es peor, añade muchos pensamientos que no están en el original, y desfigura otros con sus metáforas estrañadas y frases rimbombantes; la del maestro Leon es sabido que no corresponde á la celebridad del insigne agustino, y aún me inclino al sentir de los que alegan que esa obra suya, singularmente *La Esida*, que está vertida en una prosa nada digna del cantor de la *Párida de España* y de la *Ascension*: háse dicho de Iriarte, por escritores de buen gusto y con razón, á mi modo de ver, que carecía de elevación, de sentimiento, de corazón, para interpretar cumplidamente al patético Virgilio y que hacía versos *in síla Misa-ra*; mas sería no hacerle justicia afirmar que no entendió como el que más la obra que interpretaba, la que tradujo con menos difusión que los anteriores, aunque sus versos adolecen también de prosaísmo y rara vez expresan aquella purísima delicadeza, aquella fuerza de sentimiento de que tanto abunda el original: Vargas Machuca comenzó su traducción en el metro propio, en el que por su majestad y altisonancia corresponde á la apopeya, y la hubiera desamparado bien en la parte que llevó á cabo, si sus versos fueran más fáciles, si no se notara en ellos el penoso trabajo que le costaba componerlos, y si hubiera procurado ser más enérgico en la expresión de los conceptos y no tan ambigüedad: aunque mi inolvidable amigo D. Francisco Lorenzo no imprimió más que las *Elyoges*, como dice el Sr. Ochoa, dejó al morir terminada la traducción de todas las obras de Virgilio; jugando después de una vida consagrada á la virtud y al nunca interrumpido estudio de las letras humanas pasó aquel sabio á otra vida mejor, se ocupaba el autor de este artículo en examinar por encargo suyo el manuscrito, fruto de constantes desvelos, pues era tanta su modestia, que quiso saber la incompetentsísima opinión del que no podía aspirar ni á ser su discípulo! En esta traducción europea, y es de admirar, el conocimiento y recta interpretación del original; pero Lorenzo, doctísimo humanista é incausable versificador, no era más que un mediocre poeta, á incórralo es el error de hacerle en verso. llevando su preciosidad hasta el punto de que después de haber vertido las *Geórgicas* y la *Esida* en undecasilabos acentuados, puso aquellas y ésta en octosílabos reales; á la muerte de Lorenzo entregué dicho manuscrito á sus herederos, reservándome un prólogo que escribí por expreso mandato del mismo, y que describe aquel acompañase á su traducción cuando se publicara, y del cual tomaré algunas de las ideas que he de contener este artículo. Considero celoso hablar de otras traducciones como la del marqués de Villena, la de Juan de Mena, la de Cisneros de Mena, la de Fernandez Idiaquez, la de D. Juan de Guzman, la de fray Mateo Anso, la de D. Gaspar de Alfonso, la de D. Fe-

lix Hidalgo, la de D. Manuel Montes de Oca y la de D. Juan Gualberto Gonzalez, porque unas sólo tienen importancia por ser verdaderas curiosidades bibliográficas ó monumentos de la lengua, otras no exceden en mérito á las que he rascaído ligamente, y las últimas por lo modernas son de todos conocidas.

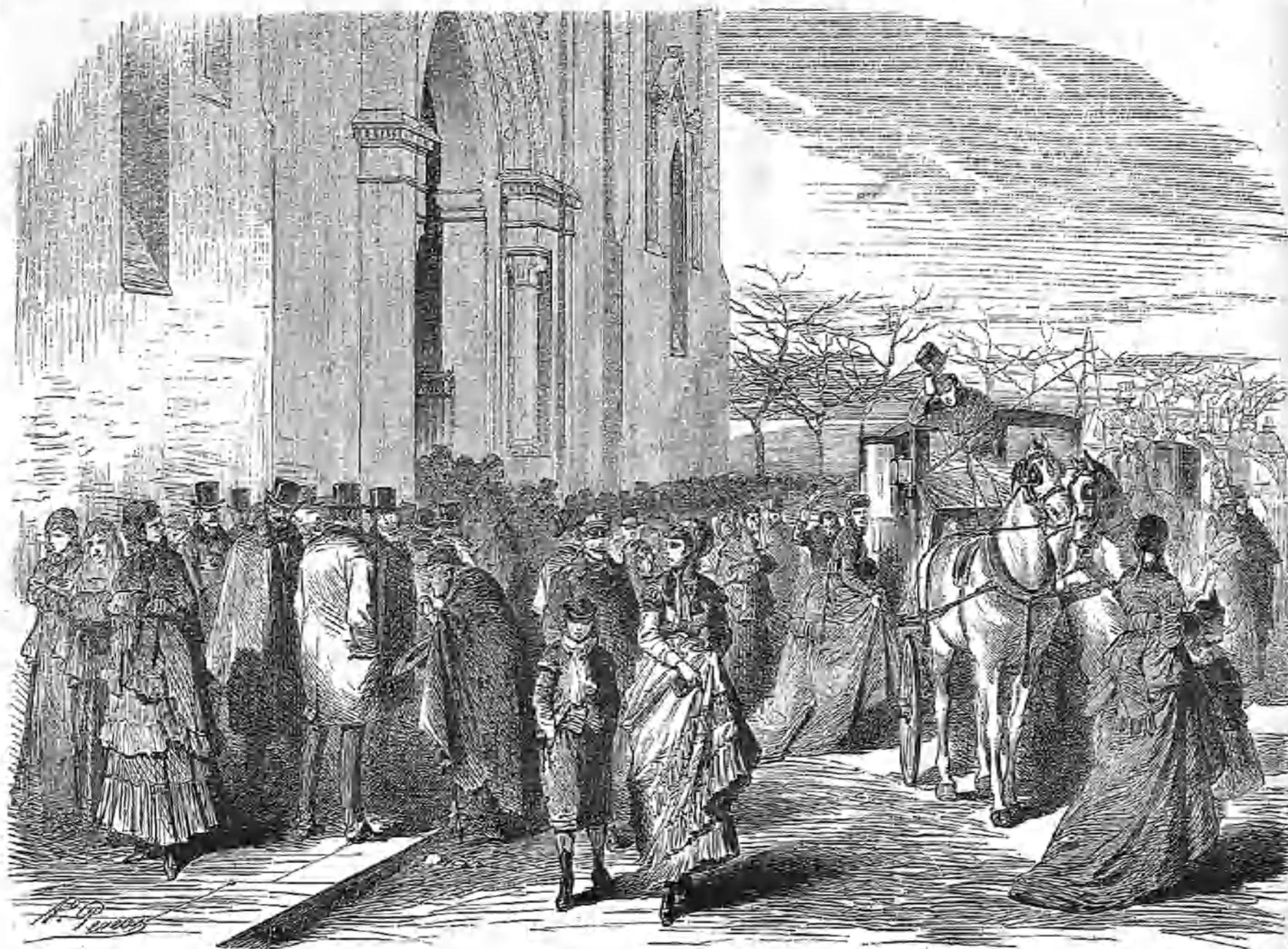
Bastan las precedentes observaciones para que se comprenda que no abundan por desgracia las versiones castellanas de Virgilio, así como escasean también las ediciones de este poeta hechas en España, pues apenas tenemos otras que las que *est usum scholarum* salian alguna que otra vez de nuestras prensas; y no son menos raros los comentaristas, entre los que solamente merecen este nombre el jesuita La Cerda, doctísimo humanista y teólogo profundo del siglo xvr, cuyos comentarios han servido de guía á los más famosos anotadores y escolistas extranjeros, el maestro Francisco Sanchez, llamado por antonomasia el Brocense, gloria de las aulas salmantinas y restaurador de los estudios clásicos en nuestro suelo, coetáneo del anterior, y el maestro Antonio de Nebrija, ilustre gramático del siglo xv, y esclarecido filólogo que tomó parte muy importante en la composición de uno de los monumentos más soberbios que nos dejó el inmortal Cisneros, amigo y profesor de éste, la *Biblia polyglota complutense*.

Italia puede envidiarnos con la traducción de Anibal Caro, Francia con la de Delille, Inglaterra con la de Dryden y Alemania con la de Wos, el más hábil, el más profundo y feliz de los comentaristas y traductores del inimitable poeta latino; los trabajos de Mollevaut, Desfontaines, Tissot, y de otros muchos intérpretes de Virgilio, no llevan gran ventaja, y algunas son inferiores, á los españoles.

El Sr. Ochoa ha llenado, pues, con su libro un gran vacío: es digno de aplauso en primer lugar, por la acertada elección que ha hecho del texto original, que se presenta á nuestra vista magníficamente ataviado y reimpreso con purísima corrección y limpieza; ha preferido entre tantos textos el de la cuarta edición de Heyne seguida por todos los doctos, y publicada en Leipzig en los años 1830 al 1841, que es muy superior á las tres que la precedieron, no sólo por su pureza sino también y singularmente por los materiales con que la enriqueció Wagner, por los trabajos que contiene sobre la ortografía virgiliana y los preciosos datos exegéticos de que carecen la de 1767 á 1775, la de 1793 y la de 1809. No ha procedido con ménos cordura evitando *engolfarse*, como dice, *ca la y oñija justificación de la ortografía adoptada por Heyne y conservada ó rectificada por Wagner, que sólo yo, y que el curioso lector encontrará en las intermitentes anotaciones, cuestiones, digresiones críticas (excursus) y demás metralla científica con que está literalmente artillada la referida edición de 1830 á 1841*. Las profundas investigaciones de Heyne, las explicaciones gramaticales que contienen sus *excursus*, y á las que debe su reputación de crítico y filólogo, no entraban ni podían entrar en el plan que sin duda alguna formó el señor Ochoa para dar vida á su propósito, pues no quiso levantar una obra de mera erudición y que sólo fuera útil á un reducido y escogidísimo número de lectores, ni mucho menos publicar los volúmenes necesarios para tratar materias sobre las que tan empeñadas contiendas se rieron en el último tercio del siglo xviii y en los primeros años de éste, de alguna de las cuales nos haremos cargo más adelante.

El texto latino de Virgilio que dió á luz Heyne, así como los demás textos de autores clásicos de que fué editor, si se exceptúa la *Iliada* de Homero, gozan de gran autoridad entre los anticuarios y filólogos del mundo sabio; Virgilio, Tibulo, Píndaro y Apolodoro, han sido reimprimos muchas veces en Inglaterra y en Francia; pero la tipografía española no los conocía todavía más que de vista ó oídas, y tal vez no hubiera entrado en amistoso trato con ninguno de estos hijos predilectos de Heyne sin la atinada predilección del señor Ochoa: no se crea, sin embargo, que estos acreditados textos han sido universalmente respetados y aplaudidos por la crítica, pues los ha censurado también severamente, llegando hasta el punto de negar que Heyne estuviera adornado de todo el conocimiento de las gramáticas griega y latina, necesario para llevar á cabo empresas de tanta importancia literaria; que no hay parte de la humana inteligencia que esté exenta de estas contradicciones y amarguras.

Heyne es tal vez uno de los autores ménos estudiados en España, donde si bien es cierto que se le profesa verdadero respeto por los trabajos que acabo de mencionar, apenas se le concede otro mérito, como si sus *Opuscula academica* y sus memorias sueltas sobre mitología y arqueología, no sobrepasaran en importancia científica á todas aquellas investigaciones filológicas,



SALIDA DE LA MISA DE DOS EN EL BUEN SUÉCCO.—ESCENAS DE MADRID.

No es esta la ocasión de entrar en cuestiones de este linaje; pero séame permitido indicar que en mi concepto Heyne, al penetrar con su espíritu esencialmente crítico en el examen de las mitologías antiguas, separando todo lo fabuloso, todo lo creado por la fantasía de los poetas, todo lo que podía ser fruto de las supersticiones de los pueblos, separando, repito, todo esto de los mitos y de las tradiciones simbólicas, que se derivaban ó debían derivarse de sucesos históricos, ha echado los cimientos de la ciencia prehistórica y sido el precursor de Boucher de Peters: los alemanes tienen en muy alta estima sus estudios sobre las antigüedades etruscas, sus descripciones de las *Imágenes de Philostrato*, y de las *Statuas de Callistrato*, y principalmente los descubrimientos con que ha enriquecido la historia del arte bizantino; pero yo al seguir los pasos de este preclaro escritor en sus aplicaciones de la mitología á la historia primitiva de las razas y de los pueblos, cuando observo que analizando las fuentes de esa misma mitología pretende encontrar rastros desconocidos, vestigios de revoluciones y de hechos anteriores á las épocas llamadas históricas, creo que puedo apuntar, siquiera lo haga tímidamente, una opinión personalísima, que tal vez no encontrará eco entre los doctores de la nueva ciencia, la de que éste es su verdadero fundador.

Heyne sostuvo grandes controversias y vigorosas disputas científicas con los hombres que más se distinguieron, en su tiempo, en los varios ramos del saber, y particularmente con sus discípulos Vos y Wolf, ilustre helenista, humanista y hebreista el primero, y presidente de la academia llamada «Los Amigos de Gottinga», de la que eran miembros los sabios y eruditos más notables de aquel tiempo, entre ellos Klopstock, Cramer, Leisewitz y Hertz; Vos, que en medio de las rudas y apasionadas polémicas que mantuvo con su maestro, seguía las huellas de éste, dió á la estampa en Heidelberg en 1778 la traducción de las *Geórgicas* de Virgilio acompañada de unos comentarios estimadísimos, y más adelante en 1806 imprimió la versión completa de Virgilio entre una multitud asombrosa de trabajos admirables que prueban tanto la portentosa fecundidad de que estaba dotado como los vastos conocimientos que poseía;

á esa infatigable laboriosidad debemos sus traducciones de Homero, de Theócrito, de Hesíodo, de Bion y Moscho, de Aristófanes, de Arato, de Horacio, de Tibulo, de Ovidio en las *Metamorfosis* y de algunos poetas sus costáneos como Shakspeare, y estas versiones las hizo en verso, en admirables versos que admiran sus compatriotas no sólo por la facilidad con que brotaban de su fecunda musa, por su armonía, sentimiento y demás cualidades métricas que los caracterizan, sino porque ninguno como él acertó á impregnar sus composiciones del sabor del original identificándose con su estilo, con su forma, con su expresión y hasta con su manera. Vos es á juicio de los alemanes el poeta que ha dado al éxmetro más precisión y armonía. Si me propusiera escribir sobre este autor necesitaría más espacio que el de que puedo disponer, así que pasando por alto sus poesías originales, y sin detenerme siquiera á dar una idea de la más bella de sus obras, el precioso poema *Luisa*, expresión la más característica y fisonómica de las costumbres alemanas, leyenda que inspiró á Goethe su *Herman y Dorothea*, ni á mencionar sus lindísimos idilios, delite y encanto de cuantos conocen medianamente la literatura germánica, me limitaré á consignar que lo que tal vez le conquistó más popularidad en su patria fué la apasionada controversia que mantuvo con Heyne, hija entre otras cosas de sus creencias religiosas y de su fervor racionalista y protestante, que le movió á escribir las famosas *Cartas Mitológicas*, en las que derramó con amarga saña todo el encono y el odio que rebosaba en su corazón, impugnando á su maestro y contestando en aquellas al *Manual mitológico*, que tomado de las lecciones de Heyne había escrito con grande aplauso, aunque hoy la crítica lo mira con menos aprecio, Martin Hermann.

No ménos duras fueron las batallas que riñó Heyne con otro de sus discípulos que ya he citado en el cuerpo de este modesto trabajo; me refiero á Wolf, el doctísimo catedrático de la Universidad de Halle. Casi hemos alcanzado los días en que vivieron estos gladiadores de la literatura, y apenas concebimos al hojear sus libros la implacable saña, la rudeza con que se maltrataban en sus profundas y eruditas controversias, plagadas de per-

sonalidades injuriosas y llenas de irritantes reproches. Wolf, que dedicó su inteligencia y el portentoso espíritu analítico que admiramos en él, al estudio de Homero, empapándose en la sávia que destilan los *Comentarios de Estatho*, y en la de todos los escolistas, lexicógrafos y gramáticos que se han ocupado de la *Iliada* y de la *Odisea*; Wolf, que examinó los textos más contradictorios, los códices jónicos, griegos y egipcios, y que llevó su observación á cuantas variantes incongruas y lagunas se encuentran en la diversidad de esos mismos textos, niega que Homero sea el autor de aquellos poemas, pone en duda que Homero haya existido y crea, al defender tan atrevida tesis en sus *Prolegómenos*, un sistema que llegó á formar escuela en su país. Heyne impugna las conclusiones del catedrático de Halle, y esta disputa, no más edificante por lo templada que la habida con Vos, divide las opiniones, acudiendo á tomar parte en ella los varones más sabios de toda Alemania.

Tal vez me he detenido más tiempo que el que reclamaba la índole de este artículo al hablar de Heyne, y sin embargo, apenas he hecho más que someras indicaciones sobre el importante papel que desempeñó en la escena científica y literaria de su tiempo, y en medio de aquel ciclo tan rico en todos los órdenes y en los varios ramos del saber humano: hora es ya de abandonar el texto latino, y de decir algo sobre la traducción que nos ha dado el Sr. Ochoa.

Con verdadera y no afectada modestia escribe en la introducción las siguientes palabras: *Ante todo diré que la presente (la traducción) sólo como un accesorio, como una especie de comentario más del texto original; por eso contra la común costumbre lo pongo al pie de las páginas en letra chica, procurando darle hasta en lo material del libro el lugar subalterno que le corresponde. No se me aplicará á mí con razón lo que dijo el talle en la linda fábula de Iriarte. Más adelante explica las razones que le han aconsejado ponerla en prosa.*

Léjos de ser esta versión un accesorio y nada más que un accesorio del texto original, al Sr. Ochoa ha llevado á feliz término una obra de extraordinario mérito; traducir en los tiempos que corren las obras completas de Virgilio, fidelísima y correctamente, preparándose

antes con un estudio metódico y profundo del autor y de las innumerables variantes con que le han dado á conocer los más famosos editores, decidiéndose en los casos dudosos, en los pasajes oscuros, y en aquellos de que han surgido interminables litigios entre los humanistas, por las interpretaciones más juiciosas, rectas y autorizadas, es empresa que pocos acometen y mucho menos desempeñan con acierto: no es este artículo una obra polémica en el que quepa la discusión de ciertas cuestiones que vienen debatiéndose al través de los siglos por los comentaristas de Virgilio, y por esta razón no le de contradecir las opiniones del Sr. Ochoa en casos determinados, aunque no estemos de acuerdo siempre, como en el *Pectus perforat ingens* del verso 485, libro x de la *Enéida*, tanto más, cuanto que al lado del Sr. Ochoa están autoridades filológicas muy respetables, y el autor no presenta tampoco argumentos al seguir éstas, que puedan dar lugar á controversia: ¿á qué conduciría, por ejemplo, armar aquí contienda sobre si el *et venit adversi in tergum Sulmonis* del 412 del libro ix, es peor lección que la que yo hubiera preferido, ó sea *et venit adversi in tergum Sulmonis*?

Ni es lícito penetrar en este terreno, para lo que había que escribir un libro voluminoso, ni semejantes ápicos quitan nada de su mérito á la obra, que contiene un texto muy depurado y una traducción hecha en castellano castizo, en prosa sencilla y elegante, en la cual se ha procurado con el mayor esmero y se ha conseguido dar á conocer á Virgilio como es, como habla, como siente, sin modificar sus ideas, inspirándose en su espíritu, en su genio, é imitando la forma y el estilo del original hasta donde puede alcanzar la mejor prosa.

El libro del Sr. Ochoa no es solamente útil para los que no han aprendido la lengua del Lacio, ó para los que la han cultivado con poco esmero y para los que van olvidándola, que para éstos es precioso y no tiene rival, sino también ha de prestar grande utilidad á los doctos



DON GONZALO CASTAÑON.

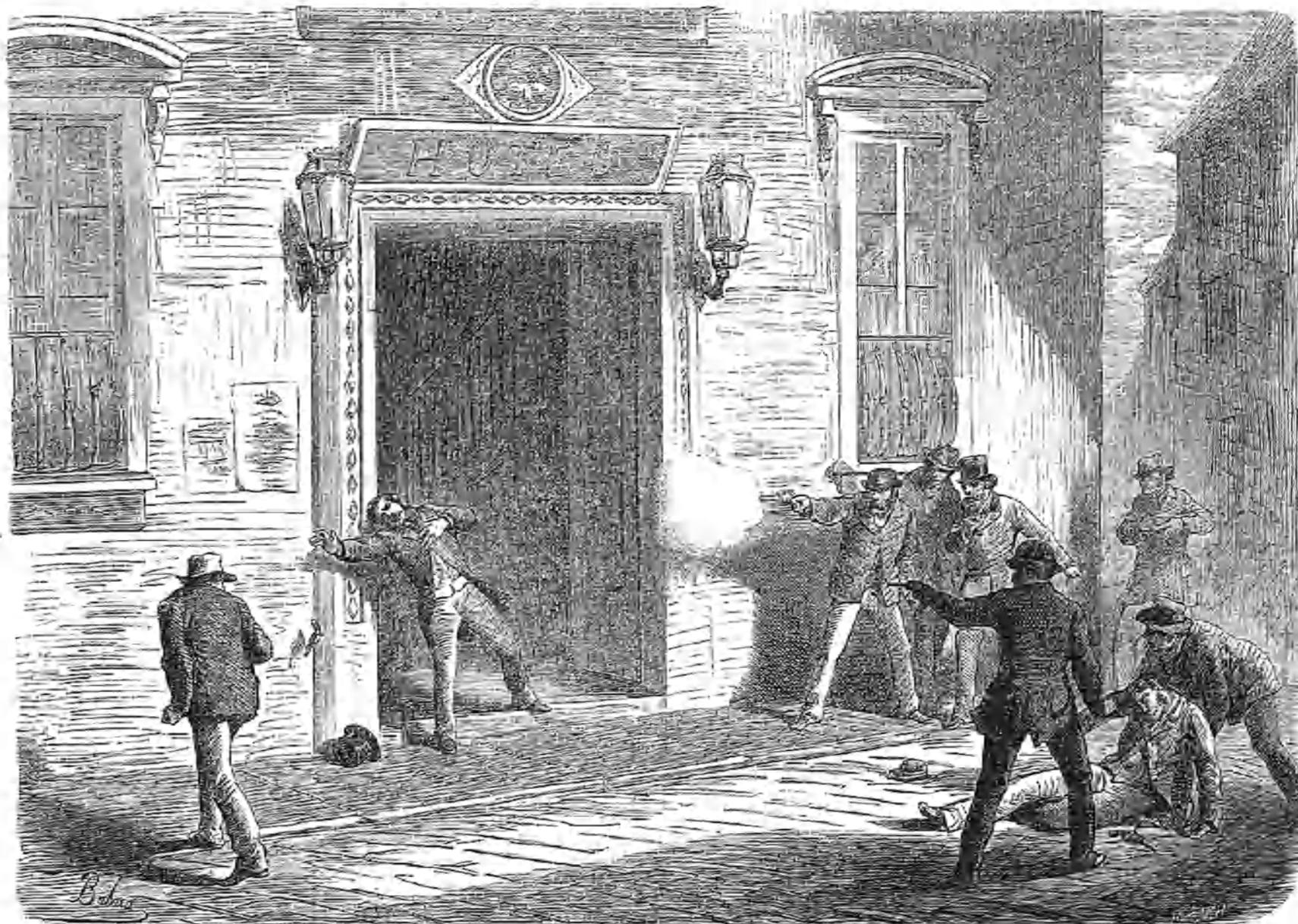
y á los que más familiarizados estén con los clásicos del siglo de oro; que si bien no le buscarán para resolver problemas de erudición, de los que sistemáticamente ha huido el Sr. Ochoa proponiéndose resultados más prácticos, de interés más general, le usarán y manejarán

algunas veces se necesita más por las dificultades que ofrece el concepto ó porque la concisión de las lenguas muertas permite abrazar y comprender más ideas, con menos palabras que las que las vivas obligan á emplear, también otras veces basta un endecasílabo para traducir

como se usa y maneja un horario ó el libro de rezo cotidiano.

¿Por qué no ha puesto el Sr. Ochoa su traducción en verso? Las razones que da en la introducción contestando á esta pregunta no me han convencido, porque para mí es axiomático que las composiciones poéticas no deben traducirse en prosa, y esta regla general, este principio absoluto, tiene más fuerza tratándose de Virgilio, el favorito de las musas, el poeta por excelencia, el escritor en el que la forma es casi el todo; la belleza en la forma, el inimitable estilo, la graciosa sencillez de Virgilio se marchitan con la más hermosa y cuidada prosa; el Sr. Ochoa ha comprendido al autor que traducía, ¿pero cree que los que no estén en aptitud de saborear los primores del original podrán apreciarlos como los apreciarían si el autor se los ofreciera en verso? ¿el pasaje de Alceste y Turno, el magnífico discurso de Juno que oscurece por su elocuencia los más hermosos de los personajes de Eurípides, la descripción de la tempestad que arroja al héroe del Mantuano á las playas africanas, y en una palabra, tantas y tan variadas joyas poéticas pueden interpretarse en la más elegante y esmerada prosa? Jamás responderé con una afirmación á estas preguntas.

No aconsejaré á ningún traductor de autores latinos que siga el ejemplo de los muchos que los han vertido al castellano en octavas reales, ejemplo que contagió hasta al discreto Lorente, porque la ley del consonante es demasiado opresora y no permite frecuentemente expresar con fidelidad una idea del original, ó hace que se exprese con poca claridad, ó con falta de energía y sentimiento, y por lo mismo creo que debe preferirse el endecasílabo asonantado: un exámetro latino puede traducirse en endecasílabo y medio español, y aunque



ASESINATO DE DON GONZALO CASTAÑON EN CAYO-HUESO.

un exámetro si se sabe, como sabe el Sr. Ochoa, manejar nuestra lengua, que no cede en riqueza y flexibilidad á ninguna de las vivas, aunque reconozcamos que no la hemos cuidada con tanto cariño como los italianos y los franceses á las suyas; aunque confesemos que lejos de cultivarla pierda rápidamente el antiguo esplendor con que brilló en el siglo XVI, que va oscureciéndose merced á los extraños idiotismos que han tomado carta de naturaleza en ella, y sobre todo, á los galicismos no sólo de vocablos sino de giros é inflexiones con que la desnaturalizamos todos los días, convirtiéndola de señora en esclava, de rica en menesterosa, de clara en confusa y de armoniosa y sonora en brouca y balbuciente: una de las causas que influyen más poderosamente en el decaimiento de la lengua castellana, hija primogénita de la latina, es la casi general ignorancia que hay en España de ésta; todos nuestros grandes escritores fueron consumados humanistas, y á esto deben la pureza, la elegancia y la claridad que adornan sus obras, que ni Garcilaso hubiera escrito con tanta perfección sus *Elogios* 1.º y 3.º si no hubiera leído tanto é imitado á Virgilio, ni fray Luis de León su *Profecía del Tajo*, á no haberse inspirado en la magnífica oda de Homero sobre el Vaticinio de Nereo, ni Herrera, ni el mismo maestro León elevaran tanta grandeza si no hubieran bebido en las cristalinas fuentes de la *Biblia* y de los clásicos autores del siglo de Augusto. Es de sentir, repito, que el Sr. Ochoa no nos haya dado su excelente traducción en esta clase de metro, que se presta mejor que ningún otro á la exposición fiel de los pensamientos del autor sin alterarlos ni ponerlos en tortura, cuando se adornan con las galas de un estilo fácil y lo más poético posible y se conservan el tono y los giros del original hasta donde lo permiten el carácter y génio de nuestra lengua.

No se agravie el Sr. Ochoa por las observaciones expuestas, hijas de un ansioso deseo de que resplandezca en este juicio crítico la mayor imparcialidad posible; la materia es opinable y tal vez valga menos mi opinión que las razones que decidieron al autor á seguir otro camino más trillado y menos espinoso: de todas suertes esta opinión en nada rebaja el mérito de la obra ni la altura de la soberbia fábrica, que puede llamarse monumento sin incurrir en hipérbole, labrado por el señor Ochoa, al cual se podrá aplicar siempre lo que dijo Horacio:

Scrībendi vobis supero est et y. uisipitum.

Termina la traducción del Sr. Ochoa con la de los seis poemas atribuidos, con más ó ménos fundamento, á Virgilio, á saber, *Culex*, *Uris*, *Catalecta*, *Copax*, *Morvatum* et *Hornibus*; ya porqué salen ahora por vez primera en castellano y ya también porque constituyen una verdadera curiosidad en su género, es muy de agradecer esta publicación; el traductor que esté al tanto, sin duda alguna, de cuanto se ha dicho en favor y contra la autenticidad de las mencionadas obritas, no pronuncie fallo alguno en la cuestión, si bien parece que se inclina á sostener que el *Culex* sea de Virgilio; tomando ya ejemplo en esto de no discutir cosas tan debatidas, me limito á decir que en este punto sigo á la crítica moderna, que niega al príncipe de los poetas todo derecho de paternidad en la confesión de los seis poemitas, cuyos caracteres y cuyo estilo tanto se diferencian de las obras del Cisne de Mantua.

No he de dejar la pluma sin llamar la atención de los típicos sobre la edición de este libro; aquí donde tan abatido y miserable anda el arte de Gutenberg, de Fust, de Froben y los Elzevirios, y donde todo el que cuenta con algunos dineros para montar una imprenta, se dedica á embadurnar papel creyéndose un Ibarra ó un Monfort, es de aplaudir más que en ninguna otra parte el buen gusto, la limpieza, la corrección y la excepcional inteligencia con que el Sr. Rivadeneira honra en nuestros días la tipografía española: nada ha salido de sus prensas tan bello y perfecto como este libro, que puede rivalizar con las mejores ediciones del extranjero. El Sr. Rivadeneira habrá querido pagar también su tributo de admiración á Virgilio, y lo ha hecho cumplidamente.

ROMÁN GONZÁLEZ.

EL TORERO.

Cada nación tiene su manera de ser propia, sus hábitos particulares, y aquellas que más se distinguen por su carácter nacional, sus tipos especiales.

Raro es el pueblo en que, estudiando sus costumbres, no se descubra alguna ocupación, algún oficio, algún me-

tier para cuyo desempeño muestre en primer término, por decirlo así, una estructura especial, moral y física, una predisposición instintiva que debe considerarse como parte integrante de su organismo nacional. El japonés, el indio, el chino, el árabe, ponen un sello especial á sus productos industriales, á sus juegos, sus diversiones y sus trajes. Donde quiera que aparece el *g. oom*, sea cual fuere su origen, el país de su naturaleza, recuerda siempre la Inglaterra; el *saltimbanco* la Italia. España perderá, sin duda alguna, la facción más distintiva de su carácter el día, quizás no lejano, en que el torero deje de existir.

El hombre nacido en las últimas filas de la sociedad, en cuyo espíritu arde innato deseo de distinguirse, de levantarse sobre sus semejantes, de sobrepujar á los que le rodean, y cuya posición en el mundo le priva de otros medios de cultura y adelanto, se lanza instintivamente á esos ejercicios populares en que la agilidad natural y el valor instintivo son elementos suficientes de elevación, de prosperidad y fortuna.

En estos tipos especiales, en sus costumbres, en sus aficciones predilectas, se encuentran antecedentes que no dejan de tener importancia para estudiar la índole peculiar de cada raza.

Sin estar dotados por la Providencia de la rica paleta del *Salterio*, ni del pintoresco pincel de Mesonero-Romanos, una lengua en prometer que no guarda armonía con la actitud para ejecutar, nos ha impuesto el compromiso de delinear, siquiera sea al lápiz y en mal trazado borron, un retrato que pudiéramos llamar *filosófico-social* del torero.

Ante todo conviene á nuestro propósito y á la exactitud del bosquejo consignar que no pertenecemos ya al gremio de los *aficionados* al arte del torero, ni fuera de las cuestiones que atañen á la honra nacional somos españoles exclusivistas; sino que, por el contrario, estamos inficionados del *áureo* cosmopolita del mundo moderno, prefiriendo los tipos generales de la humanidad á los nacionales de cada pueblo, y que, *seductos* sin temor al radicalismo de escuela hoy en boga, aceptamos lo bueno venga de donde viniere, sin parar mientes en cuál sea su origen ni procedencia.

Ya la vejez sedó en nosotros las fuentes puras del entusiasmo, ya no se alegra nuestro ánimo contemplando el animado concurso del anfiteatro, ni late el corazón ante la esbelta dama cuya cabeza adornan blancos y transparentes encajes, ni ineita el deseo talle cimbreante de popular zagala, ni ayiva la afición aterciopelada mantilla de mano gullarda, ni radiante mirada de negros ojos penetra la armadura de indiferentismo forjado en fragua de desencantos: existen cuerpos vivos que son sarcófagos de corazones muertos, y como no hay mejor espejo que agua parada, de aquí el habernos erigido en críticos, contra nuestra vocación, en asunto en que en nuestros juveniles años fuimos más dados á la práctica.

El siglo diez y nueve cuenta entre sus prodigiosas invenciones una, que podríamos llamar la *ideología de la tauromáquia*. El ejercicio del torero es de fecha mucho más antigua; pero la compilación científica de las reglas que han formado el arte es casi contemporánea, sin que desconozcamos por esto que ya D. Gaspar Bonifaz imprimió en Madrid unas reglas de torear, y D. Luis de Trejo *Lusoblogia* y *duelo de este ejercicio*, siendo no ménos famosos el librito de D. Juan de Valencia impreso en Madrid que lleva por título *Adeuertencias para torear*, y *Los ejercicios á la gineja* debido á la pluma de D. Gregorio de Tagia y Salcedo. Otras noticias existen en archivos y bibliotecas no ménos notables, pero ninguna llega ni con mucho desde el punto de vista del arte á la peor de las tauromáquias modernas.

Asegura y en nuestro sentir con razón D. Nicolás Fernández de Moratín en su carta al príncipe de Pignatelli que las fiestas de toros son de origen moro, que la bravura de los toros españoles y el natural valor de árabes y cristianos fueron causa de que entre nosotros se desarrollase la afición á luchar á pié y á caballo con esta clase de fieras. Supone el mismo erudito personaje que el Cid fué gran torero, sobresaliendo también en tan varonil diversion el emperador Carlos V. Para consignar la nobleza del ejercicio refiere luego que una señora de la casa de Guzman casó con un caballero de Jerez llamado por excelencia el *Torero*. D. Fernando Pizarro, conquistador del Perú, fué también rejoneador valiente. Del rey D. Sebastian de Portugal se dice que ejecutó esta suerza *con mucha elegancia*; y se celebra también el famoso don Diego Ramírez de Haro, quien daba á los toros las lujosas *cara á cara* y á *galope* y *sin anteojos ni bander el caballo*.

Elevado origen alcanza por tanto el torero, siendo la primera nobleza la que más se distinguió en lanzar y rejonear á caballo, pues sólo se apeaban al empeño de á

pié, cuando el toro hería á algún chulo ó al ginete perdido, el rejón, el estribo, el guante, el sombrero, etc.; y se cuenta que en tal lance hubo quien cortó al toro el pescuezo á torcos de una cuchillada, como don Marique de Lara, D. Juan Chacon y otros, siendo entre los moros los más célebres Muza, Malique-Olavea y el famoso Gazul á quien llama el poeta:

*El gallo de los bravatas,
La gala de los donaires.*

Por su nombradía celebra Quevedo á Cea, Velada y Villamor, Maqueda, Bonifaz, Cantillana, Uzeza, Zárate, Sástago y el insigne Villamediana. D. Gregorio Gallo, caballero del rey y caballero de Santiago, inventó la espinillera para defensa de la pierna que por él se llamó la gregoriana. El conde de Tendilla y el duque de Medina Sidonia fueron diestros y valientes con los toros, especialmente éste último, de quien se cuenta que se cuidaba poco de que fuera bien ó mal ensillado el caballo, pues decía que las verdaderas cinchas habían de ser las piernas del ginete.

El rey D. Felipe V miró con desden las fiestas de toros, que empezaron á perder desde entonces la antigua nobleza de su carácter hasta daganerarse en oficio pagado, al que se dedicaban tan sólo los espíritus varoniles de las bajas clases sociales.

Sea por su elevado origen ó porque todo ejercicio peligroso levanta en la criatura humana las buenas cualidades del espíritu, no puede negarse, sin incurrir en nota de parcial, que en el arte del torero hay algo que lo distingue y separa, en sus consecuencias sociales al ménos, de los demás ejercicios en que el hombre expone por precio su existencia.

Hay algo en el torero instintivo y natural. *La farsa sacra* es absolutamente necesario para entrar con medianas condiciones de éxito en el desempeño de este ejercicio, hace falta para recorrer con gloria la carrera cierta vocación, cierta predisposición moral, de escasa importancia para otras ocupaciones de índole análoga, para las cuales empiezan á prepararse las facultades físicas del individuo en la niñez, cuando la voluntad no está aún en estado de manifestar afición ó repugnancia, y que al por desgracia la manifiesta, recibe pronto como correctivo rudas penas si no crueles castigos de maestros y padres.

El acróbata, el titiritero, el juglar, el saltimbanco empieza á adquirir elasticidad en las coyunturas, fuerza en los músculos, ligereza en los movimientos, sin darse cuenta de ello. Cuando su espíritu llega á conocer el mundo que le rodea, ha salido ya al teatro, al circo ó al hipódromo; trabaja los primeros años de la vida por cuenta ajena, viene al mundo en una especie de ceno tradicional, y sigue inconscientemente la profesión de las personas que le han satisfecho sus primeras y más perentorias necesidades. El hijo del torero, por el contrario, nunca llega á ser torero. Recordad los nombres de los diestros más célebres, y vereis que sólo Cebalares ha tenido un hijo que asiga al redondel, y esto contra la voluntad y apesar de los esfuerzos extraordinarios que su padre ha hecho para evitarlo. Los hijos ó hermanos de los Leones, Montes, Redondos, y de cuantos han llegado á adquirir por la tauromáquia fortuna, celebridad y nombradía, son arquitectos, médicos, empleados, labradores, comerciantes; se han dedicado, en fin, al ejercicio de artes liberales.

Explicará acaso este fenómeno el temor que inspira haber visto de cerca los continuos peligros que el torero trae consigo? No es probable; la afición de los toros tiene algo de contagiosa; la mayor parte, además, de las personas que han vivido cerca de parientes ó amigos toreros, especialmente en Andalucía, se dedican por diversion á los ejercicios del torero, sobre todo durante aquella edad primera, en que, como dice Horacio:

Gaudet quis cavitas et gravis aprici camp.

La verdad es que apenas el torero empieza á señalarse, á sobresalir entre sus compañeros, siente engrandecerse su espíritu, se levanta en su alma una superioridad natural, su imaginación abarca más elevados horizontes; círculos sociales que antes para él habían sido impenetrables le abren sus puertas; es recibido, si bien como objeto de curiosidad, en los palacios de los grandes, y quién sabe si, cuando atraviesa el circo ante un pueblo ébrio de entusiasmo que le arroja coronas, lazos, cintas y flores entre frenéticos aplausos, al son de las músicas, con traje ceñido de radiante seda y vistosos adornos de oro y plata, allá en el alto balcón late con ennoblecido orgullo corazón aristocrático, á cuyas emociones hiciera tal vez traición rostro indiscreto, si no viniere en su defensa la sombra de prudentes gemelos ó la artística colocación de pintado abanico? Las modas,

los tocados, los colores pasan en la sucesion de las edades; pero el alma humana conserva á través de los tiempos sus geminas condiciones. Entre las mujeres de hoy y las que pintaba Goya, la diferencia está en los trajes.

La aureola de estimacion y respeto que rodea al torero que llega á director de cuadrilla, puede tan sólo compararse con el infujo y ascendiente de que goza un general bizarro entre sus compañeros de armas. La cuadrilla le obedece sin titubear, una mirada es un órden, un gesto un mandato. Con un grito los llevará al peligro, con otro grito los salva. En la plaza, como en la guerra, se reciben los grados más honoríficos sobre el campo de batalla. Un quite á tiempo lleva al simple chulo á poner patas; el que al banderillar para los pies, se arranca corto, se cilla en el cuarteo y remata la muerte con limpieza y garbo, está en camino de ser primer espada.

¡Ser primer espada! Hé aquí el fin de la carrera, el coronamiento del edificio, la satisfaccion completa de la ambicion del torero. El día en que el diestro llega á ser primer espada, comienza á tener verdadera representacion en el arte y posición en la sociedad. Hasta entonces no adquiere el derecho de tener estilo propio, de practicar escuelas distintas, de mezclar principios diferentes.

El primer espada dirige las contiendas, dice la última palabra en los negocios, es fiador de los contratantes, preside las fiestas y dá la voz de *olito* en el tumulto de las franquicias, las danzas y los saraos.

Entrad en un baile de gente maja, y cuando llegue el jefe de la cuadrilla, *permutará* con más garbo el capoteo la bailadora, si es gaditana, y hará prodigios de agilidad y donaire en las *seguidillas*, si ha nacido á orillas del Guadalquivir; los cantadores darán la nota reservada en las *malagueñas*, comenzando luego emulador cántamen de canto *hondo* entre los mozos de tierra adentro y la gente de los puertos, no sin que ántes haya apretado las clavijas y templado su instrumento con gran prosopopeya por supuesto el tocador de la vihuela.

La moza de más rumbo, hermosura y gracia, fijará sus ojos de fuego en el que allí es *rey de la fiesta*, sin que nadie ose disputársela, que en cuestiones de corazón, hay también su disciplina entre la gente de plaza.

El arte de torrear, histórica y filosóficamente considerado, tiene un elasticismo ó tradicionalismo, su romanticismo ó tendencia revolucionaria, y por último, su realismo, de donde por cierto arranca la decadencia.

Pedro Romero, Pepe-Illó, Cándido, representan la antigua escuela; Costillares y Juan Leon son ya un adelanto; Frasquito Montes encarna la revolucion; Ceballos el realismo; Romero, Cándido, Illó y Leon, son el Beethoven, Haydn y Mozart de la Tauromáquia; Montes su Rossini; Redondo y el Tato Bellini y Donizetti, y Cárloses Verdi.

No se ofendan los espíritus cultos por esta comparacion, ni aparten de ella la vista con horror los *diletanti*: en los múltiples círculos de acción en que la actividad humana se desenvuelve, una inteligencia medianamente observadora descubre armonías extraordinarias. Aduanas, donde quiera que el hombre expone su existencia, excita admiracion entre sus semejantes; por algo los romanos llamaron al valor *virtus*: el desprecio de la vida es la base de toda abnegacion, y no es ciertamente el torrear donde esta noble cualidad se pone más en ejercicio.

Por eso el torero á quien públicos triunfos ensalzan, sale de su esfera, abraza más elevadas aspiraciones, respeta la moral que ántes quizá desconociera ó estimaba su poco, llega á ser por lo común buen hijo, buen padre y buen ciudadano.

No hay mujer de su clase que no considere su amor como el sueño de la ambicion más alta. Por una ley misteriosa de la naturaleza, así como las guerras, apesar de la mortandad y destruccion de que vienen acompañadas son civilizadoras en sus consecuencias, así el ejercicio del torero, apesar de la barbarie repugnante del espectáculo, engrandece, moraliza y cultiva relativamente los buenos sentimientos de los que en él toman activa parte.

Las funciones de toros, en nuestro sentir, están dando las últimas boqueadas, pronto desaparecerán de nuestras costumbres, ó perderán al menos la importancia que hasta hace poco tiempo han tenido. La civilizacion moderna, como el agua, busca su nivel. Los caminos de hierro y el telégrafo con su influencia destruyen las antiguas fronteras. Por momentos se extingue el antiguo y pintoresco carácter de los pueblos. Todo lo que no puede dejar de ser peculiar y distintivo de una nacion, desaparece ante la gran solidaridad humana.

Los progresos de la agricultura, por otra parte, concluirán en España al fin con la bravura de los toros. Los canales de riego, el pequeño cultivo, el rápido aumento de

las comunicaciones terrestres y fluviales, imposibilitarán más ó ménos pronto que la cría de toros bravos sea negocio con el aliciente necesario para deparar las castas, y ni en las vegas del Jarama, ni en los prados del Guadalquivir, ni en las playas del Guadalquivir quedarán terrenos bastante solitarios y agrestes para que los *biclos* conserven su proverbial valentia y gran pujanza.

Los toros se van.

Nosotros no lloraremos su pérdida. Preferimos un paso de adelanto en la civilizacion comun, á la conservacion de ciertos tipos y espectáculos nacionales. No somos poetas, sino amantes de la humanidad. Los toros se van, repetimos, el siglo XIX los mata; pero al despedirlos, les hemos hecho justicia.

Los toros, al desaparecer de nuestras costumbres, nos inspiran, aunque en un órden más pequeño naturalmente, un sentimiento análogo al que experimentamos delante de las ruinas que traen á nuestra memoria épocas, tiempos é instituciones históricas de que España estuvo mucho tiempo ufana; instituciones que pasaron, cuyo verdadero carácter no desconocemos, ni dejamos de apreciar el bien relativo que á la humanidad proporcionaron, pero cuya resparicion en el mundo no deseamos ciertamente.

JOSÉ LUIS ALVAREDA.

UNA ALEGORÍA.

I.

Dos espíritus enemigos se disputan tenazmente el corazón humano, desde la infancia á la senectud, desde la cuna al sepulcro: éstos son, la esperanza y el desengaño; el bien y el mal. Combatido sin tregua el hombre por tan contrarias influencias, su paso es vacilante de continuo, porque no acierta á cuál de ambos seguir. No sabe cómo obedecer al que le llama á todo lo grande, á todo lo difícil, sin que resuenen en su pecho los halagos del que sólo tiende á debilitar sus fuerzas y desvanecer sus ilusiones; y mucho ménos consigue, por el contrario, dejaras llevar del que le induce á la molición y la debilidad, sin que hiera su conciencia la fatídica voz del recordamiento, pues sin cesar le dice: «¿Para más has nacido?»

Esta aciaga vacilacion del hombre se deja conocer en todos sus actos. Un aliento superior á la naturaleza le hace á cada instante levantar sus ojos al cielo: un peso enorme que gravita sobre su frente, se los hace bajar avergonzados á la tierra. Vuelve su memoria á lo pasado, y lo ve lleno de recuerdos lastimosos. Fija su consideracion en lo presente, y hallando sólo lucha en su derredor, cree que la tierra vá á faltar debajo de sus plantas. Dirige sus esperanzas á lo futuro, y encuentra senderos ásperos que recorrer, obstáculos que superar, enemigos con quienes combatir. Quiere conocer, amar el bien en su mayor pureza, y un poder adverso se lo presenta austero y desahogado, al paso que le muestra el mal en todas sus seducciones. Anhela descubrir la verdad, y la halla medio cubierta con un denso velo que apenas le es dado levantar.

Así discurren nuestros años, entre pugnas y zozobras. Pero ¿no hay nada que nos sostenga, que nos levante de nuestras caídas, que nos estimule á proseguir luchando?—Sí; una potencia vigorosa combate en nosotros mismos y para darnos aliento, nos hace ver una corona inmarcesible: la potencia es, en la tierra, la voluntad; la corona es, sobre la tierra, la felicidad.

II.

Si la vida es así en conjunto, ¿cómo es la vía que conduce á su término? La senda de la vida es una cuesta áspera y difícil. Estrecha y tortuosa, va costando siempre los bordes de un precipicio. Desigual en su anchura, pone al viandante en la necesidad de mirar dónde asienta la planta, si no quiere, cuando ménos lo piensa, bajar despenado al abismo. Los extremos de esta senda descansan en dos polos diametralmente opuestos. El uno, volado en sombras, parte del tiempo: el otro, circundado de luz, descansa en la eternidad. Estos dos límites, conocido el uno y desconocido el otro, forman como la alianza de lo finito con lo infinito.

Las perspectivas que se ofrecen á los ojos del caminante en este dilatado sendero son severas y solemnes. Una garganta de rocas escarpadas encierra en su seno

un lago azul y sossegado, bajo cuya rizada superficie están ocultos los escollos y el abismo. Este lago, que convida á que se le cruce en ligeras barquillas, es el del *placer* y la *dicha* de la tierra. ¡Cuántos corazones incautos fueron devorados, en el éxtasis de sus alegres ensueños, por aquellas implacables olas, tranquilas primero y enfurecidas después por un aguillon repentino!

Al borde de esta senda crecen gayas florecillas y plantas perfumadas que, embelesando los sentidos de muchos viajeros, los detienen en su generosa marcha y les hacen olvidar el término de su carrera. Estas florecillas encantadoras se llaman *pasiones*. ¡Quién pueda decirse tan afortunado, que no haya retrocedido un punto para aspirar aquella embriagadora esencia que hace asomar la sonrisa á los labios y las lágrimas á los ojos!

Conforme va subiendo el hombre por tan tortuoso camino, juzga más trabajosa y difícil la jornada. La niebla entra con paso resuelto y descuidado, sin que los afanes del viaje fatiguen sus fuerzas espontáneas; y aunque todo lo encuentra matizado de flores, no se detiene á cogérlas, ni á respirar su fúnebre aroma. La juventud siente el primer cansancio; cansancio que las más veces le hace sentirse desconsolado á orillas del precipicio. La virilidad recobra sus fuerzas, y desdénando halagos y temores, emprende de nuevo y con paso denodado la marcha que ha de conducirle á la anhelada cumbre, coronada de resplandor impercedero.

III.

¿Veis aquel gallardo jóven que, abandonando el bastón de viandante, se ha sentado en mitad de su camino?

Ése es un viajero fatigado por las asperezas que ha recorrido, y desalentado por las mayores que tiene que recorrer. Su cabeza, inclinada sobre el pecho, y sus ojos, lánguidamente entornados, revelan prostracion y desaliento. Tal vez, enamorado de las rocas que encuentra á su paso, se ha detenido á gozar de sus encantos: tal vez las azules aguas del lago le parecen, con su traidor reposo, la imagen de la felicidad.

Pero junto á él se ha detenido otro caminante. El nuevo compañero muestra en los surcos de su rostro la huella de los padecimientos. Su mirada, ciega á cuanto hay en su derredor, se fija solamente en el término á que se dirige. Para él la dicha está en el fin de su camino:

—Jóven, dice con generoso acento al desalentado viador, ¿por qué te dejas vencer por la fatiga? ¿No sabes que si no luchas y padeces, no alcanzarás la corona apetecida? Levanta la noble frente que ya ampañan las sombras del dolor. Enjuga las tristes lágrimas que apagan el brillo de tu pura mirada. Vuelve á empuñar el báculo de viajero, y sigúeme á donde nos esperan la verdad y la ventura. Yo soy la *verdad*. ¡Sigúeme!

Y cogiendo cariñosamente con una mano la del abatido mancebo, le muestra con otra la lejana cima que van á ganar viajeros más afortunados.

—Déjame, responde el jóven sin alzar la abatida frente; déjame reposar un momento, aquí donde flores hermosas me brindan sus entreabiertos calices. Mi camino me ha fatigado, y la perspectiva que diviso contrista mi corazón. Aquí tengo esas cristalinas aguas que ofrecen deleite en su azulado seno; y ¿quién sabe lo que me espera al término de mi viaje?

—Calla, ciego jóven, responde el primero. Tú no conoces la vida, ni sus aciagos encantos. ¿Ves mis ojos? Con el fuego de los tuyos ardian, y el desengaño tendió ante ellos un opaco velo. ¿Ves mis cabellos? Más que el oro brillaban, y ya empieza el tiempo á salpicarlos con su nieve. Desdénala, pues, el delirio que te raticas cautivo; recobra el perdido aliento, pues el nombre de Dios has de leer al fin de tantos afanes.

En esto llegan á sus oídos, conducidas en alas de los cósmos, las alegres voces de los que habiendo desdénado orgullosos seguir por aquel tortuoso sendero, cantan sus insanas alegrías en los festines de la tierra. «Venid á mí, dice una apasionada voz; yo os prometo un edén de goces y venturas. ¡Venid á mí! ¡Yo soy el amor!»

Y otra, vibrante como el clarín de la victoria, exclama después: «Los que queráis levantáros sobre esta existencia pasajera; los que ansicis hacer resonar con vuestro nombre los confines más apartados de la tierra; prestadme vuestro homenaje, y sed fieles á mi culto. ¡Yo me llamo la gloria!»

Y otras muchas seductoras voces, más halagüeñas que el sonido de las arpas cósmas, se dejan oír en pos de ésta; y, lo que es más, resuenan en el corazón del abatido viajero.

—¡Oyes, hermano? pregunta al generoso compañero.

—También yo las oí, responde éste con acento melancólico.

cólico. También las oí, y también las amé, y las seguí insensatamente. Y ¿sabes qué alcancé de ellas? ¡Aprender a llorar! Animo, pues: levántate y ven a mi lado, que yo seré tu compañero y tu guía. Rompe el encanto que te fascina, y oye otra voz que no resonará en tu oído sino en tu conciencia. Ella te estimula a proseguir valerosamente tu jornada.

IV.

Así entre estos vaivenes se pasa la vida. Aspirando el hombre por una parte al cielo, y ahogado por otra a la tierra, sus años no son sino una dolorosa prueba continuada, cuyo premio sólo se alcanza a costa de vigorosos esfuerzos. El camino de la vida está verdaderamente sembrado de espinas. Mas ¿por eso hemos de temer atravesarlo, queriendo llegar al lugar del descanso? No, y mil veces no. Los combates que aquí sostenemos conducen a muchos a la victoria. ¿Quién no querrá conseguirla? ¿Acaso puede ser nunca coronado guerrero alguno sin pelear antes con donnedo?

Además, la senda de la vida no es igualmente difícil para todas las edades. La niñez, porque todo lo ignora, nada teme en sus primeros pasos. La vejez, porque todo lo sabe, nada espera de sus halagos. La juventud, colocada entre los dos extremos, sufre el embate de la alegría y el dolor; de la ilusión y el desengaño; de la mentira y la verdad. ¿Cómo no caer con frecuencia entre enemigos tan encontrados?

¡Oh vosotros que subís penosamente por la escarpada cuesta! No os desalenteis jamás. Alzad la frente con valor, y proseguid por la senda en que os han precedido numerosos caminantes. Yo tan sólo os diré, para animaros, que la perseverancia es semejante a aquellas plantas que tienen la raíz amarga y muy dulces los frutos.

ANTONIO ARNAO.



EL TORERO. — TIPOS POPULARES DE ESPAÑA. — DIBUJO DE DON J. CASADO DEL ALISAL.

EN EL CUERPO DE UN AMIGO.

NOVELA DIABOLICA

POR

JOSE FERNANDEZ BREMON.

CAPITULO PRIMERO.

XI. PACTO.

—¿Cree Vd. en el diablo?

—¡Vaya una pregunta!

—Tengo una idea peregrina; me falta un año para emanciparme del curador y entrar en posesión de mis bienes: hasta entonces no podré realizar mi matrimonio con Clotilde, ni entrar en su casa, cuyas puertas me ha cerrado su madre, y no teniendo en qué emplear estos doce meses, se me ha ocurrido pasarlos en el cuerpo de usted.

—Luciano, ¿se ha vuelto Vd. loco?

—No lo sé fijamente, D. Braulio; pero hace un rato me seduce este pícaro pensamiento. Estoy cansado de ser joven; me miro al espejo y veo siempre el mismo rostro: me toman todos por informal y distraído, y quisiera ser persona de respeto, al menos por una temporada. Si Vd. me prestase su cuerpo, yo le cedería el mío du-

rante un año. Nuestras almas mudarían de alojamiento; Vd. podría realizar el ideal de los viejos, ser joven y lo pasado pasado, y yo entraría triunfalmente en los salones de mi enemiga, preparándome con una vida normal y sossegada al bienestar que unido a Clotilde me prometió.

Don Braulio se sonrió: Luciano prosiguió:

—Por eso le preguntaba a Vd. hace un momento: ¿eres usted en el diablo?

—Seguramente; sin verle, he adivinado su presencia en los instantes más críticos de la vida, ó en ocasiones al parecer sin importancia. Le he sentido palpar en el fondo de una idea, en la mirada amorosa de una mujer, ó en el irritado semblante de un rival: he creído que me impedía á veces el paso por una calle, empújandome por otra para evitarme una sorpresa agradable y procurarme un encuentro desgraciado. He creído verle barajando los naipes para impedir que apareciese la carta que esperaba, ó apresurando la muerte de un enfermo antes de que llegara el sacerdote. En mi estante de libros he puesto muchas veces a mi alcance obras dañosas, escondiendo los libros útiles y provechosos. En fin, le he sentido muchas veces, pero siempre tarde, amigo mío.

—Muy bien: de modo que con su auxilio podríamos realizar, mediante un pacto, mi propósito.

—De eso no tengo certeza; pero si en la vida real no suelen efectuarse semejantes pactos, son moneda corriente en las leyendas.

—¿Aceptaría Vd., dijo Luciano?

—Con mil amores; pero perdería Vd. en el cambio.

—Oh, Lucifer, yo te conjuro! Deja por un momento de aconsejar á la viuda un segundo matrimonio: de recordar al heredero los millones de un padre avaro, que sólo piensa en prolongar su vida: de repetir al oído de la mujer casada las palabras que oyó en el baile; y de tomar formas humanas y graciosas para amenizar los sueños de una niña.

Don Braulio, que era muy serio, seguía sonriendo.

—Deja ¡oh Lucifer! la caverna, el salón, el bosque ó la llanura en que te encuentras. Sube del fondo del mar ó baja del planeta que te albergue, para entregarme el cuerpo de D. Braulio con todas sus imperfecciones y recibir el mío con toda su belleza.

La solemnidad con que Luciano hacía su conjuro, y la convicción cómica con que hablaba, hicieron estallar la risa de D. Braulio, que se reía pocas veces.

—[Loco! Loco! No gaste Vd. palabras, dijo empujándole suavemente; este pacto no puede realizarse por desgracia.

Era Luciano de bizarra figura: sus ojos negros miraban con atrevimiento, pero sin descaro, y en su movilidad se reflejaban las vacilaciones de un espíritu irreflexivo. Vestía con sencillez y esa elegancia natural que no es obra del sastre.

Don Braulio, seco de carné é incisivo en su lenguaje, tenía, por decirlo así, dos fisonomías. Su conjunto rostro, su nariz afilada y sus ojos pequeños, le daban un aspecto sarcástico y cruel: su elevada estatura y su bigote y patilla blancos, le hacían representar un anciano venerable.

Siguiendo sin rumbo fijo de una en otra calle, los dos amigos, de edad y aspecto tan distinto, se encontraron junto á unos árboles enfrente del Museo.

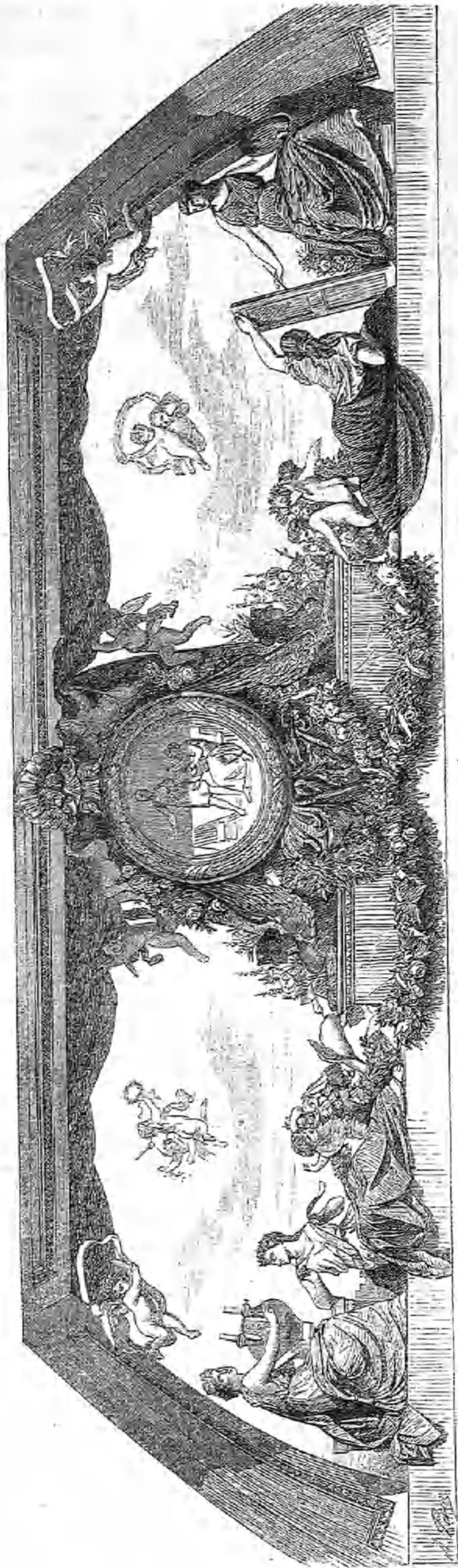
La noche estaba serena y las calles solitarias: no se alzaba ráfaga de viento, y la luna en toda su hermosura parecía haberse colocado sus mejores adornos para recibir las caricias de Endimion y las miradas del poeta.

Nunca había estado más bella la fachada del Museo. Bañada en luz perpendicularmente, tenían sus estatuas y columnas esa vaguedad de contornos, que es á los monumentos lo que el movimiento á los seres animados. Si alguna vez dejan los edificios la insensibilidad de la materia, es á la luz de la luna. Creeráse entonces que sus pasados mármoles se mueven, que se convierten las paredes en músculos y las ventanas en bocas habladoras que refieren las escenas de que han sido testigos. A la luz de la luna debió decir por primera vez el vulgo que las paredes hablan. Todos sabemos que el vulgo es el mejor de los poetas.

La sombra triste de los desnudos árboles, el ruido del agua cayendo pausadamente de los surtidores, la soledad del paseo, el silencio, el obelisco del Dos de Mayo, las torres de San Gerónimo y algún reloj lejano repitiendo las horas, daban á aquel paraje en aquel momento una apariencia misteriosa; nuestros dos personajes enmudecieron, sin explicarse la causa, con ese sentimiento de respeto que se experimenta al recorrer un claustro arruinado, ó el sitio en que ocurrió un gran hecho histórico, ó un cementerio, ó al entrar en una iglesia.

Sin hablar palabra cruzaron el Prado, subiendo por la Carrera de San Gerónimo: ni un sér viviente atravesaba por aquellas sitios; no sonaba una puerta; no se abría una ventana.

Cuando llegaron enfrente del Congreso, la claveteada puerta empezó á abrirse y un extraño personaje apareció



FRISO Y PASAMANOS DE LA ESCALERA DEL PALACIO DEL SEÑOR DUQUE DE SEXTO, EN MADRID.
 PROYECTO DEL ARQUITECTO SEÑOR CUIAS Y EJECUCION DE LOS SEÑORES LOZANO, BELLVER Y FIGUEROA.

en ella. Los dos amigos se estremecieron: el desconocido, adelantándose, bajó los escalones del pórtico y saludó á Luciano y á D. Braulio.

Vestía una blusa azul; un gorro frigio cubría su despeñada cabellera: debajo del brazo llevaba un legajo de folletos y periódicos.

Adelantóse con mucha cortésia hácia nuestros personajes y los saludó afablemente.

—Aquí me tenéis! los dijo.

—¿Quién eres? preguntó Luciano con osadía, pero no sin emoción.

—Soy el diablo del siglo XIX.

Hubo un pequeño rató de silencio. Aquellas breves palabras agolpaban en el entendimiento de Luciano y de su amigo un torbellino de ideas. Su imaginación se convirtió en un caos y pasaron rápidamente por ella, confundidos, pero tomando, al parecer, formas reales, hojas de periódicos, alambres telegráficos, mesas giratorias, almanques ilustrados, enormes fotografías, cañones Armstrong, máquinas de costura, constituciones democráticas, bombas Orsini, fósforos de Cascante, globos aerostáticos, álbums de todas clases, calderas de vapor, placas de seguros, palacios de cristal y barricadas. Y oyeron vocerío popular, silbidos de locomotora y estampido de revolvers; aplausos ruidosos y débiles gemidos; minas en explosión y el crujir de torres que se arruinan; fórmulas espiritistas, conciertos atronadores, chocar de trenes y reventar de calderas, discursos de paz y cañonazos.

Y en tanto, inclinándose graciosamente, sonreía con amabilidad el diablo del siglo XIX.

Vuelto de su sorpresa, y más sereno, Luciano examinó con atención al diablo, y le dijo con cierta duda:

—¿Eres el diablo del siglo XIX? ¿Acaso tiene cada siglo su diablo?

—No lo dudas: y tiene cada diablo su traje de ceremonia ó su uniforme. Unos usaron el casco y la armadura del guerrero, otros se angalaron con el manto de púrpura, otros fingieron el iluminado aspecto del profeta, otros snarbolaron la bandera del pirata ó se adornaron con la borla del doctor, y algunos escogieron el hábito reformista, ó el descuidado traje del filósofo. Yo prefiero la blusa azul y el gorro frigio. Compréndedme también que soy aficionado á la lectura: no leo, devoto día y noche artículos de fondo y folletines; y en confianza, te diré que tengo mis pretensiones literarias. Hago versos, redacto noticias, improviso leyes, inspiro poemas filosóficos, y escribo anales de teatros y prospectos de sociedades. Soy también ingeniero: desdeño lo bello por lo útil, y en vez de templos construyo Bolesas; mi especialidad, como ahora se dice, es la mecateca: saco fuerzas del agua, del calor, del aire y de la nada, y con su auxilio todo lo remuevo. Poliglota, barajo los idiomas: político, ensayo todos los sistemas: filósofo, todo lo analizo á la ligera: artista, me decido por la caricatura, y moralista, despidó los últimos restos del pudor con un *can-can* desenfadado. Y, sin embargo, soy un diablo modesto que se pone á vuestras órdenes.

—Impon tus condiciones, puesto que no ignoras nuestro daseo; sé que ha de costarnos caro este capricho, dijo D. Braulio.

—Te equivocas, amigo mío: voy á prestaros gratis este servicio, por lo extraordinario del pacto.

Don Braulio se sonrió, pero el espíritu aparentó no observarlo.

—Debo advertiros, añadió éste, que mis fuerzas sólo alcanzan á lo material, y que será imposible deshacer la transformación antes del año. Conservaréis vuestras facultades intelectuales: sólo la materia puede ser transplantada. ¿Aceptáis?

—Por un año, respondieron á la vez los dos amigos.

—Pues bien: de hoy á un año, el 13 de Febrero, á la misma hora, os encontrareis en este sitio.

—Aceptado.

El diablo extendió las manos, que tomaron proporciones gigantescas, y el jóven y el anciano experimentaron como una sacudida eléctrica.

Luciano vió su propia imagen en el lugar que ocupaba D. Braulio, y éste la suya propia en el sitio de Luciano.

Los dos máscaras vivientes sufrieron una impresión penosa de horror y desaliento: los objetos tomaron un tamaño diverso, los ruidos sonaron en sus oídos con un timbre extraño, y les pareció que cambiaban de atmósfera. La sensación fué muy rápida.

Don Braulio escuchó su voz saliendo de otra boca, y Luciano oyó que le hablaban con la suya. Pasado el primer momento, la sensación fué desapareciendo lentamente: D. Braulio se encontró lleno de vida; á Luciano le parecía haber salido de una enfermedad y estar convaleciente.

Después, el anciano al sentirse jóven, y el jóven al recobrar su buen humor, pasaron á un exceso de alegría.

—Pues señor, dijo Luciano, es un pobre diablo el del siglo XIX.

—Creo que estamos soñando, dijo D. Braulio, y por cierto que el sueño es agradable.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Lo ignoro; porque no estoy acostumbrado á estas variaciones.

—¿Qué tal le sienta á Vd. mi cuerpo?

—Perfectamente; pero me parece un poco ancho. Y usted, ¿cómo encuentra el mío?

—Un poco estrecho de quijadas, y algo usado.

—Y pregunto: ¿variaremos también de domicilio?

—¿Quién lo duda! ¿Cómo nos admitirían en nuestras propias casas de este modo? dijo Luciano estornudando. Y añadió en otro tono:

—Ha enfriado la noche.

—Yo la encuentro más suave.

—Es que el cuerpo de Vd. parece una garrafa.

—Y el de Vd. es un calorífero.

—Don Braulio, ¿sabe Vd. que me causa asombro verme convertido de repente en padre de familias, y tener una hija casadera?

Don Braulio se inmóvil: el recuerdo de su hija era su primer remordimiento, pero contestó con serenidad:

—Lo que me extraña, verdaderamente, es ser desde mañana el amante de Clotilde.

A su vez palideció Luciano.

—Retirémonos, D. Braulio, que bien necesitamos descansar, si es que no estamos dormidos, como voy creyendo.

—No equivoque Vd. la casa.

—Buenas noches

Y se alejaron en opuesta dirección, D. Braulio lentamente, y Luciano con el paso rápido de costumbre. Apenas éste había andado un corto trecho, D. Braulio le llamó con gran empeño.

—¿Qué se le ofrece á Vd.? dijo Luciano.

—No ande Vd. tan de prisa con mis piernas, que puede Vd. caerse.

CAPITULO II.

ENTRE JÓVENES.

Pensativo iba D. Braulio al dirigirse hácia la casa de su amigo, y meditando en las consecuencias de su extraño pacto, que atribuía mentalmente á inspiración del espíritu diabólico, más bien que á su propia voluntad. El noble carácter de Luciano, que conocía á fondo, no era suficiente para tranquilizarle. Había perdido su libertad y se encontraba fiscalizado por otro hombre en lo más íntimo de la vida privada: Luciano, para quien tenía secretos, iba á ser partícipe de miserias que había ocultado por orgullo: se veía obligado á hacerle una confesión larga y minuciosa de hechos graves, de circunstancias de su vida que todos ignoraban, y por último, preveía que con la actividad de un sólo espíritu tenía que vivir por dos, es decir, aconsejar á Luciano, dirigirle, vigilarle, y al mismo tiempo hacer la vida de su amigo. Su posición era difícil y molesta: había cambiado de cuerpo únicamente, pero sentía que el espíritu de Luciano tendría que hacer vida común con el suyo y vigilar continuamente su conciencia.

Pero al mismo tiempo, ¡qué bienestar físico! El aire puro y suave refrescaba con toda libertad sus pulmones; sus músculos, flexibles y gallardos, obedecían ágilmente á sus mandatos; sentía latir su corazón con brío juvenil, y en todo su cuerpo un vigor extraordinario. Extendía los brazos para convencerse de su fuerza; tarareaba algunas canciones para escuchar su hermosa voz; apretaba el paso, admirándose de su rapidez y facilidad de movimientos. ¡Era jóven! Había bebido el elixir de la vida.

Y olvidó por un momento á su hija y los azares de su larga existencia: amores, odios, esperanzas, desengaños, no habían existido para él. Era su corazón un libro en blanco.

Cuando llegó á la casa de su amigo, una mujer le llamó por el nombre que no le pertenecía poco ántes, entregándole una carta. D. Braulio no se atrevió á pedir explicaciones y entró en la habitación, no sin que la criada le dirigiese ántes una mirada cariñosa. D. Braulio, que había servido en la Guardia, se ruborizó como un cadete.

Ya dentro de su habitación, abrió el papel, que contenía pocas líneas y no estaba firmado: la letra era de mujer, pero una letra que no la era desconocida: sólo después de haber roto el sobre conoció que había cometido una falta leyendo una carta dirigida á Luciano.

—¿No soy Luciano ahora y durante doce meses? dijo D. Braulio para acallar sus escrúpulos. ¿Acaso no ha de

abrir Luciano las mías? Leamos. ¿Yo conozco esta letra! Luciano:

Olvida nuestro amor de un día; resérvalo á tus más íntimos amigos; de ello pende mi sosiego.

No por eso dejaré de adorarte,

Prudencia, por Dios, con tus más íntimos amigos.

D. Braulio contempló aquellas líneas muy preocupado. Pero no le llamaba la atención su misterioso contenido, ni la historia de amor que encerraban sus significativos renglones. Sólo le hacia meditar la forma de la letra.

—¡Bah! dijo por último, desesperando de su memoria. La letra de todas las mujeres es la misma.

Y guardando cuidadosamente el papel, echó una mirada desgarradora por la desordenada habitación, donde yacían hacinados trajes y baúles, libros abiertos, pistolas de salón, fotografías, botellas y flores, y algunas flores secas que no tenían para él la poesía del recuerdo.

En una de las habitaciones interiores de la casa se oía un estruendo de vasos y de voces, cuyos ecos debían turbar el sueño de todos los vecinos, y que se hacía cada vez más formidable; andando estaba D. Braulio entró acostarse ó abandonar su alcoba, cuando sintió que llamaban á su puerta y se vió rodeado de un grupo de jóvenes que con vasos en la mano acudían á saludarle. *Válle volis*, hubo de seguir á los amigos de Luciano y entrar en una sala, donde había una gran mesa y sobre ella los restos de una cena. El vino corría por los manteles, el aire estaba lleno de vapores y algunas sillas cojas rodaban por el suelo.

Cuando D. Braulio entró en la sala, todos los convidados le recibieron cantando un himno báquico. El viejo, que apenas conocía á aquellos jóvenes, estaba asombrado, y el estrépito era tal, que hubo de taparse los oídos.

—Brindemos por Luciano Herrera, dijo uno de los más bulliciosos, y por todos sus antepasados, incluso Adán, y por todos sus descendientes hasta el último, ese ser feliz que ha de presenciar el fin del mundo, si no se extingue la familia.

—Brindemos, repitieron en coro, desocupando algunos vasos.

Don Braulio se vió en el compromiso de imitarlos.

—¡Un brindis al amor! exclamó otro de ellos, alzando una botella.

—Yo no brindo! contestaron algunos desengañados.

—Sí, sí, brindemos al amor en todas sus manifestaciones. El amor místico, el humano, el desinteresado, el heroico y el que se compra y se vende.

—¿No hay amor!

—Silencio!

—¡Fido la palabra! gritó el primero que había hablado, é hirió el vaso con un cuchillo. Voy á explicar mi brindis.

Todos callaron un momento y el orador prosiguió:

—Algunos se han atrevido á aceptar mi brindis: declaro que los que tal hicieron, carecen de alma, no tienen poesía en el corazón, vejatan como tubérculos...

Una salva de aplausos y silbidos dominó la voz del tribuno.

—La mujer carece de espíritu: es un ser ajeno á nosotros y con el cual no puede existir lazo que no sea monstruoso.

—La mujer no siente, calcula; su corazón es una pizarra llena de signos algebraicos.

—¡Muera el amor!

—¡Viva!

Y los gritos continuaron; al aplacarse pudo el orador proseguir su discurso.

—Veo con lástima que vuestra inteligencia no está al alcance de la mía: hacer sinónimos el amor y la mujer, es lo mismo que confundir á un árbol con un camello. El amor es la novela de nuestro pensamiento: idealiza cuanto concibe y presta bellos atributos á los seres menos dignos. Inflama la fantasía, hace poetas á todos los hombres, y sólo en el corazón de la mujer es inepta de grandeza.

Como todos eran hombres, todos vaciaron la copa.

—Voy á defender á la mujer, exclamó uno de los más cuerdos, á la mujer calumniada.

—Los enamorados no pueden aquí hablar: sólo tienen la palabra las personas sensatas. Teodoro, no serás escuchado.

—El amor correspondido no es un disparate.

—Es un sueño.

—¿Y si os doy una prueba?

—Imposible.

(Se continuará.)

LAS MANCHAS DEL SOL.

En la *Gaceta de Madrid*, correspondiente al día 17 de Febrero, se publicó por el director del Observatorio astronómico, D. Antonio Aguilar, un breve artículo anunciando una extraordinaria y magnífica aparición de *manchas solares*, perceptibles, al través de un cristal ahumado, á la simple vista; y que, por esta última circunstancia, si á tiempo no se prevenía el mal y atajaba el peligro de una falsa interpretación del fenómeno, podían ser causa inocente de que muchas personas se alarmasen y entregasen á mil desatinadas hipótesis y conjeturas sobre su influencia en la producción y curso de otros fenómenos, físicos y morales, que de tejas abajo acechan á todas horas.

Deseamos nosotros de proporcionar á nuestros lectores más detalladas noticias sobre aquel acontecimiento celeste, y de enriquecer las páginas de LA ILUSTRACION con una representación del fenómeno anunciado, acudimos al Observatorio, manifestamos al Sr. Aguilar nuestro muy natural y legítimo propósito, y obtuvimos el permiso de copiar los dibujos de las *manchas*, hechos por el astrónomo Sr. Ventosa, y cuantos antecedentes é informes creímos necesario pedir, para facilitar al público la recta y pronta inteligencia del fenómeno á que los cuatro adjuntos grabados se refieren.

Los dos grandes círculos que en primer término se destacan, representan el *disco* y el aspecto general del Sol, en los días 15 y 17, y los varios grupos de *manchas*, como flotantes y bogando por entonces en aquel inmenso océano de fuego. Las dos líneas transversales, designadas por las letras AA' y BB', se han trazado apropiado para que pueda, por referencia á ellas, apreciarse de una mirada el cambio de aspecto del Sol en el transcurso de *dos solos días*, ó el movimiento, casi en totalidad, aparente de las *manchas*: *aparente*, decimos, porque su transformación y movimiento dependen, en primer lugar, de la *rotación del Sol*, análoga á la de la Tierra, aunque mucho más lenta y majestuosa; y *casi*, porque, á más de girar las *manchas* como giran las islas y continentes adheridos á las entrañas y mole de nuestro globo, se trasladan y viajan también, á semejanza de las nubes.

Las otras dos láminas, correspondientes á los propios días 15 y 17 de Febrero, representan, en escala mucho mayor, el grupo más notable, designado en los dibujos del conjunto por la letra *aa'*, y el *circuito* adjunto al aspecto ó tamaño de la Tierra, tal como se percibiría si desde el Sol se contemplase con un anteojo ó telescopio de la misma fuerza óptica ó *alcance* que el empleado en el examen de las *manchas*. Calculan nuestros lectores por este *terreno de comparación*, perfectamente elegido, cuál será el tamaño de aquellos objetos lejanos, y cuál, sobre todo, el del Sol, en cuyo disco se pierden como en el desierto del mar Pacífico apenas se columbran los varios archipiélagos, por allí como al azar, espaciados. — El *diámetro* ó máxima anchura de la Tierra es de 12 700 kilómetros, ó de muy cerca de 2 300 leguas españolas, de 23 000 piés cada una; y la superficie de 510 millones de kilómetros cuadrados, ó de 127 $\frac{1}{2}$ millones el área del disco representado por el círculo á que nos referimos y que nos sirve de *unidad*: por el tamaño relativo de las otras figuras, fácil es ahora concebir cuál será la espantosa magnitud de los objetos que representan. En 41 000 leguas valaba el Sr. Aguilar la longitud máxima del grupo principal de *manchas*, y en 16 000 la extensión de la *mancha* mayor, colocada como á retaguardia de todas: dimensiones tan gigantescas comparadas con las del globo terráqueo como mezquinas con las del Sol, cuyo diámetro comprende cerca de 14 millones de kilómetros, y el *área* y el *volumen* son respectivamente 12 000 y 1 280 000 veces superiores al área y volumen de la Tierra.

Publicamos dobles dibujos del conjunto del Sol y del grupo mayor de sus *manchas*: primero, para que se vea cómo la rotación de aquel astro se verifica, y van unas tras de otras desfilando las *manchas*, ocultándose éstas por un borde y asomando aquellas por el opuesto; y, segundo, para que asimismo pueda apreciarse el cambio de aspecto y transformación y como efervescencia que, como las nubes en épocas y horas de tempestad y de borrasca, experimentan en breve tiempo. Las diferencias de ambos diseños no lo son, en efecto, por vicio de copia ó impericia en el trazado; sino porque realmente existían, ó se habían verificado, en los objetos á que se refieren.

La repentina formación y disolución de las *manchas* se observa muchas veces en medio del disco solar, y se verifica en breves días como se forma en nuestra atmósfera espantosa nube de verano, que al abrigo desahogado arrastra enseguida, desgarra y dispersa, sin dejar

vestigio alguno de su efímera existencia. El grupo (a), sin embargo, que los adjuntos grabados representan, no se halla en este caso; pues se columbró muy cerca del borde oriental el día 9, y en la tarde del 20 todavía subsistía, aunque desfigurado por un doble efecto de perspectiva, y de elaboración intastina colosal, muy cerca del otro borde.

Resta, después de todo lo expuesto, decir lo que son, ó no son, y significan las *manchas solares*: y por cierto que sobre este punto no podemos satisfacer, ni sabemos si alguien podría tampoco, la legítima curiosidad de nuestros lectores.

Comparando el Sol á un inmenso crisol ó horno de reverbero, candente y en actividad siempre, ocurre desde luego preguntar: ¿serán las bien ó mal llamadas *manchas* otras tantas *escorias* de la *fundición* incesante é interminable que allí se verifica?—No es opinión muy racional y admitida que lo sean; si bien, dando á la palabra *escorias* sentido más lato que el vulgar, y comprendiendo en su significado el de *materias coaguladas* (b) en la superficie, por su *irradiación calorífica* hacia los espacios *etéreos*, que se condensan y sumen de nuevo en las entrañas del Sol, para *fundirse* y *volatilizarse* otra vez, y *enfriarse* enseguida, y volverse á condensar y á *precipitar*,—como el agua de los mares se evapora, y asciende por los aires, y se condensa en nubes, y se resuelve en lluvia, nieve ó granizo, y *one* entonces para volver por los ríos á los mares, y describir después é incesantemente el mismo ciclo millares y millones de veces,—acaso no faltarían astrónomos de justa nombradía que lo sostuviesen.

¿Serán verdaderas *nubes*, análogas á las que flotan en nuestra atmósfera, *densas* por el centro y *diluidas* y como trahicidas por los bordes, y unas sobre otras amontonadas y superpuestas para aumentar la oscuridad del *núcleo* y matizar agradablemente la *penumbra* á *orla* del *núcleo*?—Tampoco falta quien sostenga esta opinión; y *ménos* quien la refute calurosamente, con argumentos de gran peso, que dejan muy mal parados á sus mantenedores.

¿Serán *cavidades* ó *cráteres volcánicos*, en erupción espantosa, y por los cuales surgiesen de los abismos del Sol columnas gigantescas de humo y de vapores y de materias más densas, todo á borbotones y en confuso remolino?—En lo de ser *cavidades*, *apenas* hay desacuerdo entre los observadores: ni es fácil demostrar que no lo sean, teniendo presentes estas apariencias y propiedades del fenómeno.

De *núcleo* y *penumbra* se componen, por regla general, todas las *manchas*: de *núcleo* negro é irregular, sin degradación de tintas, aunque surcado por estrias luminosas y como cintas de fuego; y de una *penumbra* á *orla* que *casi* toca en el *núcleo*, le rodea y súbitamente concluye, no como *aguada bien desmenuada*, sino *recortada* y *repiqueada*: á *líjera*, donde ménos razón había para esperar. Pues bien: cuando por el borde oriental aparece una *mancha*, percíbese el *núcleo* rodeado por la izquierda de *penumbra*; mas no por la derecha. Avanza la *mancha* hacia el centro del Sol, y la *penumbra* se contrae un poco por la izquierda, y comienza á descubrirse también por el otro lado. En el centro la *penumbra* es de igual anchura casi por todas partes. Y en la travesía del centro al borde occidental, la *penumbra* experimenta una transformación y eclipse en orden diverso. De manera que el *núcleo* se asemeja al suelo ó fondo de una sima y la *penumbra* á las paredes ó taludes de un despeñadero cónico, ó de un colosal embudo; y, según el punto de mira, así se descubre todo el talud, como una región, ó como la pared fronteriza y opuesta. En esta observación frecuentísima, de todo punto inexplicable en los demás supuestos, se funda la hipótesis de que las *manchas* son cavidades enormes, abiertas en la atmósfera solar ó *fotosfera* por alguna causa ó agente, hasta la fecha desconocido ó mal precisado.

Hay, en efecto, quien supone que tales escavaciones procedan, no de una causa *étna*, *volcánica* por ejemplo,—que se lo primero y más sencilla que ocurre suponer,—sino *externa*: del choque y remolino de impetuosas corrientes de *aire*, que se rasalvan en *trombas*, que *aspiegan* la materia solar, la levantan, impelen y arrastran, y sueltan luego y dejan con horrible fracaso caer en bullentes olas de luz y en montañas de fuego, que por su propio peso se desploman y desbaratan, y trastornan el equilibrio de la masa del Sol. Y esta conjetura se funda en un hecho muy singular: en que las *manchas* se presentan ó forman, salva alguna rarísima excepción, en la *zona tórrida solar*, entre los 30, 35 ó, á lo sumo, 40° de distancia á un lado y otro del *ecuador*: y como entre los *tropicos* terrestres reinan constantemente los *vientos alisios*, y surgen de repente los *tornados* y *ciclones*, las más desechas borrascas, huracanes soberbios y horren-

das tempestades, así se ha querido concluir,—por analogía, no muy desatinada,—al origen ó causa de las *manchas*.

En limpio, como se ve, poco más de nada: lo suficiente, sin embargo, para que la esperanza de saber más, de saber cuanto todavía se ignora, de disipar por completo las tinieblas que envuelven uno de los más admirables misterios del mundo físico, no muera en la mente humana; y con la esperanza, la voluntad de trabajar: el deseo de continuar marchando por camino tan largo y escabroso como hasta llegar al anhelado término se columbra. Dos siglos y medio van ya corridos (1610) desde que Juan Fabricio, Galileo, Scheiner y Harriot descubrieron por primera vez y comenzaron á estudiar las *manchas solares*; y desde entonces no hay hipótesis que no se haya emitido para explicar su naturaleza y propiedades, modo de formación, y modo, no ménos sorprendente, de concluir y desvanecerse, *periodicidad* y conexión con otros fenómenos celestes y terrestres; sin que hasta la fecha se haya obtenido resultado alguno que no se ponga á lo mejor en tela de juicio, se discuta, se deseché, se sustituya por otro, muy esplendido hoy y no ménos despreciado mañana, y se relegue al olvido; hasta que en el ciclo que el pensamiento humano, como astró errante por el espacio, descubre, descubiérrase la venerable antigüedad, vístese de ropaje nuevo, y se presenta, como cosa nunca vista ni oída, á la admiración, primero, y al desprecio, más tarde, del respetable y deslumbrado público. En pie, á más de aquella esperanza de que hablamos, queda solamente la convicción íntima, profunda, impercedera de que la materia del Sol no es *incorruptible* como los antiguos filósofos pretendían y afirmaban: de que el movimiento y la transformación de los cuerpos, el nacimiento y la muerte,—*la vida*!—no son patrimonio exclusivo de la Tierra; sino atributos de todo el Universo, del Sol y de los planetas y de las estrellas: y de que cuanto durante el bullicioso día y en la callada noche vemos y admiramos *vise* y canta las alabanzas de su CREADOR omnipotente, excelso y amoroso CONSERVADOR Y REGULADOR.

W. W.

TEATROS.

La Carmañola, comedia en tres actos y en prosa, por D. Ramón Nocedal.—Otros acontecimientos teatrales.—Festividad.

Ancho campo y terreno fertilísimo ofrece la prensa periódica á las investigaciones del hombre desapasionado que se proponga conocer los vicios y las virtudes, las ventajas y los inconvenientes, lo grande y lo pequeño de ese elemento esencial de las modernas sociedades; de todo encontrará, flores y espinas hallará en el camino si con perseverancia y sin prevención de ningún género, atento sólo á conocer la verdad, le estudia y le analiza.

La probidad incorruptible cerca de las conciencias vendidas; el desinterés del ansuista próximo á la miserable aspiración del codicioso; aquí el agitador de buena fé, allí el revoltoso de oficio; á un lado el escritor digno y decente, á otro el torpe libelista; hombres convertidos en sacerdotes de la idea, entes ruines, esclavos de quien paga mejor, mantenedores de la verdad y de la justicia, defensores de los más bastados intereses; pensadores profundos y eruditos á la violeta; entendidos políticos y vocingleros superficiales; ignorantes y sabios, francos é hipócritas, prudentes y necios: éstos y otros muchos, cuya enumeración sería interminable, forman ese conjunto curioso, ensalzado por unos hasta la exageración, censurado por otros hasta la crueldad, y que, en resumen, es ni más ni ménos lo que son todas las manifestaciones de la actividad humana: mezcla de pequeño y de grandeza, conjunto misterioso de malo y de bueno, en que sólo encuentran lo malo algunos infelices pobres de espíritu, que después de haber falsificado á Dios, se espantan oyendo hablar de quien falsifica la moneda.

Dicho esto, no necesito manifestar cuántos y cuántos vicios, cuántas y cuántas miserias, qué torpes abusos, qué infames traiciones podría haber presentado al público el autor de *La Carmañola*, si en efecto hubiera sido su propósito anatematizar el periodismo. Si: es justo, es conveniente decirlo con franqueza; mucho malo, mucho, muchísimo puede con justicia decirse, no de la prensa, de algunos hombres que la esplotan para fines raquíticos y miserables, como para satisfacer ambiciones perversas, para realizar criminales aspiraciones hubo siempre quien esplotase la religión, la ciencia, la amistad, todo.

El autor de *La Carmañola* tenía, pues, espacio vasto para dejar que volase su inspiración: pretendía, según

afirman, hacer visibles á los profanos los ocultos vicios de la prensa periódica, y en verdad que si esto podía ofrecer alguna dificultad, era sólo la dificultad de la elección.

El periodista que convierte la prensa en escalón de injusto encumbramiento y después reniega de sus compañeros antiguos; el escritor público que hace mercadería de sus creencias y de sus opiniones doblegándose siempre á las exigencias del momento; el que vendido á una sociedad de crédito oculta el fraude y defiende á capa y espada á los embaucadores; el envidioso que suscita dificultades á los mismos cuya mano estrecha, y procura por medios medianamente decorosos privar á otros periódicos de suscripción y hasta de operarios, cualquiera de estos tipos, ó varios á un tiempo, habrían hecho de *La Carmañola* un cuadro lleno de verdad; pero su autor, demasiado niño todavía, no ha conocido sin duda estas cosas: la experiencia es un triste privilegio de la edad madura, y el talento más precoz no alcanza á sustituirle desde que el Espíritu Santo resolvió no descender más hasta este valle de lágrimas, como de vez en cuando, allá en épocas más dichosas, solía.

Sentado ya que el autor de la comedia es joven inexperto, niño revestido aún con la envidiable candidez de los primeros años, compréndanse perfectamente y se explican de un modo satisfactorio, las inocentes puerilidades, que más de una vez hacen sonreír al espectador; abrigo, sin embargo, mis dudas sobre si ha sido ó no la intención del poeta condenar la práctica del periodismo, y para justificar mis dudas, párceme del caso decir algo acerca del pensamiento fundamental de *La Carmañola* y de los medios empleados por el autor para desenvolverle.

«La prensa periódica es arma de tan mala ley, que por medio de ella un hombre puede llegar hasta el extremo de infamar á su misma madre... Esto es lo que el autor ha querido demostrar, y lo que en efecto ha demostrado, bien que con algunas dificultades.

Porque es bien advertir que en el teatro se demuestra todo y todo se niega: es claro, el poeta puede disponer á su antojo los acontecimientos; determina como bien le parece la conducta de sus personajes, los coloca en las circunstancias oportunas y prueba lo que se proponía probar; esto, sin perjuicio de que mañana otro poeta, variando por completo las circunstancias, demuestre precisamente lo contrario. El público, por su parte, si la obra es verdaderamente artística y bella, tan satisfecho y tan complacido aprende que el amor es un sentimiento inspirado por los ángeles, como que es una ridiculez inventada por el demonio. Conclusión: en buena lógica, una comedia podrá ser muy buena, podrá ser muy mala, acaso



ALDEANOS DEL VALLE DE LOYOLA.—TIPOS VASCOGANGOS.



ORLAS DE UN CÓDICE DEL SIGLO XIV AL XV DEL ARCHIVO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

no sea ni una ni otra cosa, pero no prueba nada.

El autor de *La Carmañola* parece que opina de distinto modo, y resuelto, según dicen, á maldecir de la prensa, ha concebido y ejecutado un cuadro en que la prensa, como tal, sólo aparece en último término y á manera de asunto episódico. En las primeras escenas dicen algunas majaderías dos ó tres pobres muchachos que se llaman redactores de *La Carmañola* y que, siendo de ruin condición y de mezquinos pensamientos, tienen la inocente franqueza de confesarlo. Si tan sándicos y tan sinceros fueran los malvados, ya podríamos darnos por satisfechos los que, periodistas y todo, nos tenemos por personas decentes, con perdón del autor de *La Carmañola*.

Prescindiendo, empero, de estas niñerías, en lo demás de la obra por incidencia solamente se habla del periodismo.

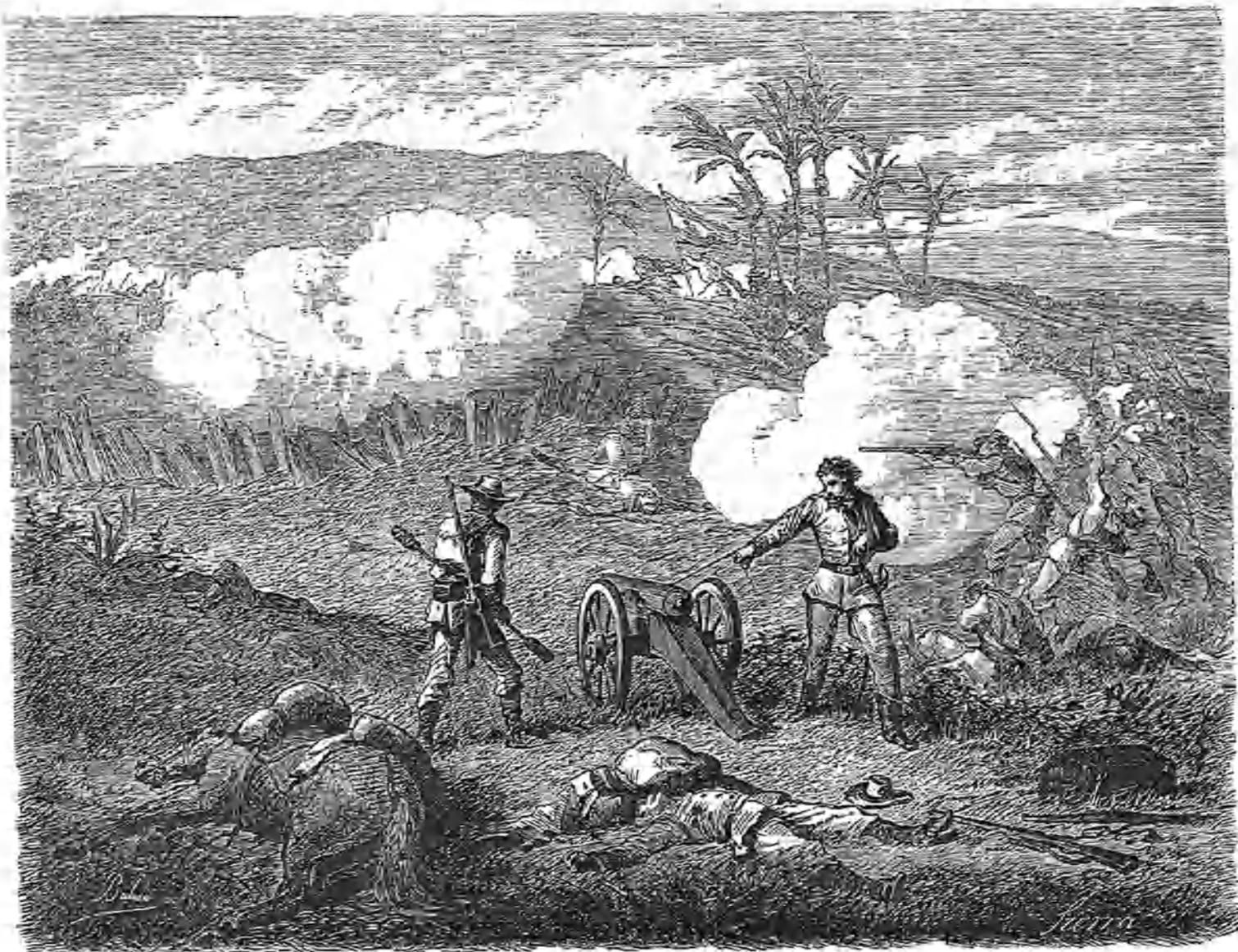
No es periodista, aunque sí aficionado, un joven llamado Eduardo que, á consecuencia de sus *son amotas* aficiones, se hace derrochador, y juega, y contrata empréstitos sobre su futura herencia y estafia, todo por supuesto á consecuencia de haber conocido á un periodista (que por cierto ni estafia, ni juega, ni derrocha), porque sabido es que nunca se conocieron en el mundo derrochadores ni jóvenes perdidos hasta que se inventaron los periódicos.

Eduardo tiene padre, madre y hermana, y esto no es sorprendente, porque cualquier aficionado al periodismo puede tener esas personas en su familia y aún muchas más.

La pobre madre descubre las estafas de su hijo, y con el laudable propósito de salvar á ese pedazo de sus entrañas, evitando al propio tiempo un disgusto al jefe de la familia, arregla el asunto con un tal D. Manuel, amigo de la casa y que conoce al usurero del negocio.

Yo encuentro natural todo esto, aunque lo de la estafa no esté muy claro; yo encontraría natural también que el amigo de la familia arreglase definitivamente la cuestión de maravillas con el prestamista y diese cuenta á la dichada madre del resultado de sus gestiones; pues no sucede así; acaso no será al tal D. Manuel muy de fiar en asuntos de dinero; acaso la atribulada madre tenga algo de cicatera, es lo cierto que D. Manuel y doña Ignacia cogen y se meten en un carruaje de alquiler, y mano á mano, se encaminan en el vehículo á casa del nanero.

Y como parece que el diablo las carga, un redactor de *La Carmañola* los ve bajar; alégrase por todo extremo, pues justamente el tal D. Manuel es un sompitero censor de la juventud del día, corre á la redacción, refiere que ha visto al severo D. Manuel en tan buena compañía y hacia tan sospechosa casa, y Eduardo, presente á la sazón, se apresura á escribir el artículo origen de to-



LA ACCION DE GUAIMAR.

das las situaciones de la obra, y ceden Vds. por qué acrie de coincidencias, Eduardo viene á ser el difamador de su madre.

Yo no sé si pareceré demasiado indulgente diciendo, que la cosa no pasa de ser una contingencia desgraciada, no imputable como delito, y que tanto puede achacarse á falta de prevision en la madre como á sobra de ligereza en el hijo; pero lo que sí afirmo es, que en el artículo de *La Carmañola* no hay calumnia, narrándose en él un hecho exacto en todas sus partes. Creo, pues, excesivamente modesto al director del periódico cuando dice de sí mismo que es un malvado; ¡malvado él, de quien se sabe que acudia á la cabecera de los coléricos y los consolaba y socorría! ¡él, que ama con toda la pureza del primer verdadero amor á una joven virtuosa y digna! ¡él, que sacrifica su amor por librar al amigo de la maldición paterna! ¡él... éste es un malvado! Entónces, ¿quiénes son los virtuosos? Lo será sin duda D. Antonio, que despues de veintiocho años de matrimonio desconfía de su esposa, modelo de honradez y de virtudes, que pretende asesinar á sangre fría á un hombre indefenso.

Conocido el fundamento de *La Carmañola*, lo demás se adivina: trastorno en la familia, inferno en el matrimonio, celos, maldiciones, y por último, un arrepentimiento grande con propósito firme de nunca más pecar. Amen.

En el desarrollo del argumento hay dos situaciones que merecen aplauso y que revelarían el talento del autor, si ya no estuviera probado en trabajos anteriores: me refiero á las dos últimas escenas del acto segundo. La situación en que D. Antonio y D. Rafael se reconocen en casa del primero, despues de la violenta escena con que ha terminado el primer acto, es efectivamente dramática, está hábilmente preparada, y produciría doble efecto si fuese más rápida; no lo es ménos dramática la situación de Eduardo, cuando saben sus padres que él es el verdadero autor del desdichado artículo que ha tirado por el lodo su nombre y su honra. Estas dos situaciones y el lenguaje que por lo general es natural sin afectacion, y sencillo sin humildad, son, en mi juicio, las únicas condiciones que en esta obra merecen aplauso y alabanza.

El autor de *La Carmañola*, por otra parte, carece de verdadero sentimiento: no es poeta; y como no siente lo que escribe, resulta frío y amanerado al expresar los sentimientos, y no acierta á pintar con verdad los caracteres.

Aquella doña Ignacia que confunde la virtud con la grossefia, la dignidad con la falta de educacion; aquel D. Antonio que, cuando va á exigir una satisfaccion revolver en mano, se divierte enumerando con detenimiento inconcebible y con calma asombrosa las dotes físicas y morales de su mujer y demás individuos de la familia; aquel D. Manuel, caballero siempre y siempre digno, que se reconoce culpable cuando le acusan de haber seducido á un hombre que es jugador y ha estafado; todos esos caracteres son falsos y se contradicen de una escena á otra.



MEDALLA CONCEDIDA Á LOS VALIENTES DEFENSORES DE LAS TUNAS.

Y nada quiero decir de María, joven de veinte años, que discurre en el segundo acto como una niña de catorce y perora en el tercero como un anciano sapientísimo.

¿Quieren Vds. saber cómo se explica esta mujer de veinte años en el acto segundo? Pues lean:

La mamá de la niña habla del amor que en ésta ha adivinado y dice: «Lo llevas contigo, escondido en el pecho.»

Y contesta la niña (no olviden Vds. que tiene veinte años):

«Mamá. — ¡En el pecho! ¡Será la medallita que me dieron el otro día las monjas!... etc.»

Yo apelo al testimonio de todas las niñas de más de quince años habidas y por haber, y de seguro, *ni una sola* deja de hallar inverosímil y ridícula, si ya no es repugnante por hipócrita y garrucha, esta María.

Desde el segundo al tercer acto median pocas horas; pero vean Vds. cuánto ha aprendido la niña de la medallita: se dirige al pobre D. Rafael, y le dice entre otras linderas:

«... ¡Qué ama Vd. en mí! Ama Vd. este montoncillo de barro; ama Vd. este cuerecillo blanco que lo cubre; me ama Vd. como un niño el juguete que le divierte; como se tiene cariño á un perro hermoso ó á un caballo de buena raza; como se quieren las fieras en los bosques, etc.»

Como se ve, la niña no puede expresar más pintorescamente ese amor sensual, en que sólo el instinto impera, y que convierte al hombre en bruto. Digase ahora si está definido este carácter.

Voy á terminar: *La Carmañola*, que sobre los lunares ya indicados tiene el defecto capitalísimo, para obra destinada á la representacion, de ser lánguida, sin movimiento, y de abundar en diálogos demasiado largos, no puede sostenerse en el teatro.

Si la vanidad ridícula de un escritor novel ha osado escribir en la portada: «Imprímese esta obra sin que se haya representado en ningún teatro. La razon de esto saltará á los ojos de quien la lea y tenga en cuenta los tiempos y las circunstancias.» la imparcialidad y la justicia, con la energia que dá la razon, deben decir muy alto:

«Esta comedia nunca debió representarse, y sin embargo, se representó: la razon de esto no puede ocultarse á quien tenga en cuenta las circunstancias y los tiempos.»

Ni *La Gata de Mari-Bamos*, zarzuela de muy escasa originalidad y mérito más escaso, ni *Cuadros al fresco*, sainete escrito con espontaneidad, ni los arreglos *Línea recta y línea curva* y *Un almuerzo para él*, ni aun *El examen de su marido*, han conseguido fijar la atencion pública, preocupada, ya por los acontecimientos políticos, ya con las risueñas esperanzas del Carnaval que se aproxima; creo por consiguiente no incurrir ¡oh lector! en tu tamible desagrado poniendo aquí término y acabamiento á mi tarea.

A. SANCHEZ PEREZ.

Post-scriptum. Así terminaba la reseña de los más notables acontecimientos teatrales ocurridos en quince días que precedieron al Carnaval, y es triste confesarlo! pocas palabras, muy pocas, son suficientes y aún sobradas para dar noticia de las obras que se han estrenado despues.

Calderon mismo sería hoy insufrible si de pronto y sólo para llevar al teatro sus autos sacramentales resucitara; calcúlese si podrá resistirse—apesar del lujo con que se presenta—la obra cuasi-bíblica, titulada *Los siete dolores de María*, obra en la cual el incrédulo encuentra á cada paso una ridiculidad, y el creyente verdadero lamenta en cada escena una profanación, sin que para compensar estos inconvenientes sea posible comparar al autor de la obra, y no lo digo por ofenderle, con el autor de *La vida es sueño*.

No por su mérito artístico, escaso ciertamente, si por su significación, *La verdadera carmañola*, comedia representada en el teatro de Novedades, es digna de figurar entre los acontecimientos últimos.

Si el autor de *La verdadera carmañola* se había propuesto demostrar que el escribir disparates para la escena no es patrimonio exclusivo de un partido político determinado, creo sinceramente que lo ha conseguido.

Habría conseguido más, habría conseguido demostrar—si ya no estuviese demostrado hace tiempo—que un hombre político puede ser muy liberal, republicano si se quiere, honrado como el que más lo sea, patriota como ninguno, y sin embargo escribir comedias muy malas: sí, porque—dicho sea con perdon—en el terreno de lo malo, *La verdadera carmañola* es de lo más perfecto que yo he visto.

UT SUPRA.

LA TUMBA IGNORADA.

¡Es aquí! ¡Cómo en mis venas
Siento de la muerte el hielo!
Todo está aquí, tierra y cielo,
Mudo de espanto y pavor.
¡Ay! yo buscaba á mis panas
En este sacro recinto
Un sentimiento distinto,
Y encuentro un nuevo dolor.

El tibio sol que declina,
Cercano ya de Occidente,
Viste su disco luciente
Del velo crepuscular.
De la capilla vecina
Hierde apenas la cruz santa,
Y la noche se levanta
Cubriendo el opuesto mar.

¡Cómo en vuestro centro estrecho
Continuamente labráis,
Lágrimas, que hirviendo estais
Dentro de mi corazón!
¡Por qué se abrasa mi pecho?
¡Por qué la vida me hastra,
Cuando el llorar me sería
Tan dulce consolación?

Llamándote, ciego, insano,
Voy, con planta temblorosa,
De la tarde perezosa
A la ya espirante luz,
Y en vano pregunto, en vano,
Por aquel despojo triste.
¡Cómo, si á nadie debiste
Ni una losa, ni una cruz!

Airado el cielo destruya
A quien con injusta pena
Castigó locura ajena
En tu indefensa cerviz.
Por culpa que no fué tuya,
Inocente aborrecida,
Victima fuistes en vida
Y en vida y muerte, infeliz.

Voy tu sepulcro buscando,
Y, nada, nada me advierte
En dónde guarda la muerte
El tesoro que perdí.
Tal vez el perfume blando
Que exhala una flor al viento,

Paréceme dulce aliento
Que se desprende de tí.

Do quiera que mística brota
Tímida flor solitaria,
Mi religiosa plegaria
Te llama con honda fé,
Y acaso la tumba ignota
Profanando irreverente,
Sobre tu cándida frente
Está posado mi pié.

¡Ángel que al mundo viviste
Sólo á padecer martirio!
¡Cándido y hermoso lirio
Fecundado en mi calor!

¡No es verdad que al sol tendiste
Brillantes de luz tus alas?
¡Que ya tu fragancia exhalas
En otro jardín mejor?

¡Sí, sí! ¡reposa, alma mía!
La muerte cerró tus ojos;
Mas del mundo los alrojos
Tu pié no ensangrentarán.
Acaso la suerte impía
Que sobre mí pesa airada,
Te hiciera sentir un día
Mi negro y penoso afán.

¡Qué importa que amargo y lento
El veneno de mis penas
Circulando por mis venas
Se infiltre en mi corazón?
¡Qué, si del alma no brota
Una esperanza, un consuelo?
Tú eres feliz en el cielo;
Tú no sientes mi aflicción.

¡Adios! ¡pero vuelve al mundo
Una mirada, ángel mio!
Contempla este suelo impío
Tan injusto para tí.
Contempla el dolor profundo
Que me mata, y no me advierte
En dónde guarda la muerte
El tesoro que perdí.

A. GARCÍA GUTIERREZ.

¡CÓMO NO AMARLA!

Contemplaba embebecido
A mi Blanca, que es un sol;
Ella tierna me miraba
Encendida de rubor.
¡Me quieras, mi bien? la dije,
Latiéndome el corazón.
—Déjame—Narciso mio,
Temblorosa murmuró;
Mas sus ojos me decían:
Tuya soy, tuyo es mi amor,
No has de encontrar en el mundo
Quien te quiera como yo.

EL MARQUÉS DE HEREDIA.

A MI QUERIDO AMIGO DON MANUEL PÉREZ DE MOLINA,

EN LA MUERTE DE SU HIJO.

No llores si el ángel, que ayer fué tu hijo,
Hoy mora en el cielo, lejano de tí:
Si padre eras tierno, lo es más el que dijo:
"Dejad á los niños que vengan á mí."

LUIS DE ECUILAZ.

* * *

(DE UN LIBRO INÉDITO.)

¡No digais que agotado su tesoro
De asuntos falta enmudeció la lira!
Podrá no haber poetas... pero siempre
¡Habrá poesía!

Mientras las ondas de la luz al beso
Palpiten encendidas;
Mientras el sol las desgarradas nubes
De fuego y oro vista;
Mientras el aura en su regazo lleve
Perfumes y armonías;
Mientras haya en el mundo Primavera,
¡Habrá poesía!

Mientras la humana ciencia no descubra
Las fuentes de la vida,
Y en el mar ó en el cielo haya un abismo
Que al cálculo resista;
Mientras la humanidad, siempre avanzando,
No sepa á do camina;
Mientras haya un misterio para el hombre,
¡Habrá poesía!

Mientras se sienta que se ríe el alma
Sin que los labios rian;
Mientras se llora sin que el llanto acuda
A empañar la pupila;
Mientras el corazón y la cabeza
Batallando prosigan;
Mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡Habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
Los ojos que los miran;
Mientras responda el labio suspirando
Al labio que suspira;
Mientras puedan sentirse con un beso
Dos almas confundidas;
Mientras exista una mujer hermosa,
¡Habrá poesía!

GUSTAVO ADOLFO BECQUER.

CANTARES.

Para cariño mi madre,
Para placeres mi amor,
Para dolores mi alma
Y para justicia Dios.

Mis amores y mis penas
Se parecen mucho al mar;
Mis dolores, en lo grandes,
Mis amores, en la sal.

¡Un cielo puro y sin nubes,
Una mujer toda amor,
Un hijo suyo en los brazos,
Qué alegre está el corazón!

Me dijiste ayer que sí
Y ayer te volviste atrás;
¡Siempre ha sido la constancia
Tu virtud más principal!

Porque á tu lado estoy triste,
Me dices que no te quiero;
¡Es tan grande tu hermosura
Y son tan grandes mis celos!

Cuando sales á la calle,
Se oculta de envidia el sol,
Abren las flores su cáliz
Y el viento murmura amor.

El día de Todos-Santos
Visitó los cementerios,
Y allí estaban mis amores
Que mataron tus desprecios.

JOSÉ DE FUENTES.

DON GONZALO CASTAÑON.

La trágica muerte del director de *La voz de Cuba*, que con tanta energía y patriotismo defendió hasta sus últimos instantes los intereses y la honra de España en aquellos apartados países, ha dado motivo á que así en las Antillas como en la Península se manifieste poderosamente el sentimiento de admiración que despiertan los grandes caracteres y las verdaderas virtudes.

Don Gonzalo Castañon Escarano nació en Mieres el 3 de Diciembre de 1834: siguió la carrera de leyes en la Universidad de Oviedo y manifestó muy joven aún su afición al periodismo, escribiendo en *La Tradición* y *El Imperio*, publicaciones ambas que vieron la luz en Asturias por los años de 1867 y 1869.

Habiéndose trasladado más tarde á Madrid, formó parte de la redacción de *El Día*, y dirigió con notable acierto la revista política y literaria titulada *Cronica de Ambos Mundos*. Vuelto á su país, donde gozaba grande y merecido crédito por su ilustración y carácter, fué elegido diputado provincial y consejero, dejando este último cargo á fines del año de 1865, y marchando á la Habana con el destino de jefe de sección del gobierno superior de la Isla de Cuba.

Al estallar la insurrección se encontraba de secretario del gobierno civil de Puerto-Príncipe, de donde pasó á la capital de la Isla para desempeñar un destino en el Banco y el cargo de consejero de Instrucción pública. Colocado en posición independiente y profundo conocedor del país en que habitaba, fundó *La voz de Cuba*, y al frente de este periódico hizo una brillantísima campaña contra la insurrección, campaña que le conquistó el odio de nuestros adversarios y fué causa de su desastrosa muerte.

Llamado arteramente á Cayo-Hueso bajo pretexto de ventilar una cuestión de honor, el infeliz Castañon pereció á manos de los cobardes asesinos, incapaces de hacerle frente ni en el terreno de la prensa ni en el de las armas.

Reproduciendo el retrato de esta desdichada víctima de un patriotismo y caballerosidad, y dando lugar en sus columnas á una memoria de tan notable suceso, LA ILUSTRACION DE MADRID paga el merecido tributo de estimación á las virtudes de un compañero y ofrece á sus lectores una página, que no podrá menos de despertar su interés.

LA ACCION DE GUAIMARO.

Entre las muchas acciones brillantes á que cada día da lugar la guerra que nuestros hermanos sostienen en Cuba, la de Guaimaro es una de las más recientes y gloriosas.

La columna compuesta de 1.200 hombres que salió de Puerto-Príncipe, llegando hasta el caserío de Guaimaro sin ser molestada, encontró al fin al enemigo, que su número de 3.000 hombres y el abrigo de un fuerte atrinchamiento, aguardaba el ataque de los españoles al pie de la colina que forma un recodo en el punto llamado «la mina de Juan Rodríguez».

Aunque los insurrectos combatían en número muy superior y convenientemente parapetados, no tuvieron valor para esperar el ataque de nuestras tropas, que al descubierto y en desventajosa posición sostuvieron un fuego vivísimo, acabando por saltar las empalizadas después de apagar el fuego de los cañones que las defendían.

Esta acción, en la que los enemigos se pronunciaron en precipitada fuga, experimentando grandes pérdidas, ofreció episodios tan heroicos como el que representa nuestro grabado, en que un oficial herido sirvió personalmente una de las pizcas que mandaba, y con la cual protegía el ataque de las trincheras.

ORLAS DE UN CÓDICE DEL SIGLO XIV AL XV

DEL ARCHIVO DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

El códice del cual ofrecemos hoy algunos ligeros trozos, es más notable por la originalidad y caprichosa fantasía que ha desplegado el iluminador en sus orlas, que por el mérito de la ejecución y los detalles.

Estudiando con cuidado las extravagantes composiciones y figuras que se descubren por entre las revueltas hojas del adorno y las sierpes, cuadrájos, quimeras y animales fantásticos en que abunda, estamos seguros

que un paciente erudito encontraría al lado de los graves rezos del oratorio católico, una especie de glosa humorística y profana, salpicada de alusiones satíricas, recuerdos históricos y detalles de las costumbres de la época á que pertenece el libro.

De los tres episodios que entre los innumerables que enriquecen el códice, hemos sacado un apunte, en el primero se ve revuelta con el follaje que forma al desenvolverse la larga cola de una bicha ornamental, la figura de una mujer que tiene un niño en brazos, el cual parece como que desea cojer un sol con las manos; en el segundo se nota un animal con busto de hombre y mitra en la cabeza que acomete á estacazos á dos seglares de los cuales, uno espera imposible y el otro parece huir: finalmente, en el último, se advierte con facilidad el recuerdo del pasaje de las Santas Escrituras referente á Job, aunque interpretado en la forma característica de la Edad media.

ALDEANOS DEL VALLE DE LOYOLA.

Siguiendo en el propósito de guardar en las columnas de LA ILUSTRACION un recuerdo de los trajes y tipos populares de nuestro país, damos cabida á dos de las provincias vascas, por demás interesantes, ya se consideren á sus habitantes como nuestra típica y pura de una de las primitivas razas que poblaran nuestro suelo, ya hagamos objeto de serios y trascendentales estudios su antiquísimo dialecto, sus sabias leyes y patriarcales costumbres.

Descaando que al interés de los asuntos que se tratan en LA ILUSTRACION DE MADRID se una el que naturalmente despierta el nombre de un escritor de reconocido mérito y aptitud especial para la materia, esparamos poder ofrecer muy pronto á nuestros lectores, al paso que nuevos dibujos, acuñados y pintorescos cuadros de las costumbres de estas provincias, debidos á la pluma del popular escritor D. Antonio Truaba, hoy cronista del Señorío de Vizcaya, y uno de sus hijos más ilustres.

MEDALLA CONCEDIDA

Á LOS VALIENTES DEFENSORES DE LAS TUNAS.

Esta medalla, como objeto artístico, carece de importancia; sólo se la hemos podido dar, y en efecto la tiene y grande, como tributo de sincera y entusiasta admiración hacia los valientes á quienes se ha dedicado.

Los españoles no podremos olvidar nunca, que un puñado de héroes enfermos, muchos fatigados por los pasados sufrimientos, casi todos supieron resistir en una población abierta el ataque de fuerzas quintuplicadas, manteniendo el honor de nuestra bandera á la altura que en aquellas tierras lejanas la colocaron los valerosos conquistadores.

Las Cortes Constituyentes, después de expresar el entusiasmo con que habían sabido esta gloriosa acción, decretaron por una ley la concesión de esta medalla en extremo sencilla, pero que por el nombre y la fecha en ella inscritos será siempre llevada con noble y legítimo orgullo por los que la merecieron.

OBRAS DE RESTAURACION

DEL PALACIO DE ALCAZICES EN MADRID.

Entre las nuevas y notables obras que recientemente han contribuido á hermosear la población de Madrid, debe contarse la restauración de la antigua casa-palacio de Alcazices; restauración elegante y completa, en la cual su propietario, el Sr. Duque de Sesto, tan conocido en los círculos aristocráticos y políticos de la sociedad cortesana, ha tenido el buen gusto de emplear artistas españoles.

La dirección de los trabajos ha estado encomendada al reputado arquitecto D. Francisco de Cubas, encargándose de la pintura de techos al inteligente pintor D. Isidoro Lozano.

Una de las obras más importantes, bajo el punto de vista artístico, que se han llevado á cabo en el palacio, es la caja de la escalera, proyectada y dirigida por el Sr. Cubas, y de la cual son preciosos detalles los dibujos que ofrecemos á nuestros lectores.

En la gran sacosía del cerramiento, el Sr. Lozano ha hecho galas del buen gusto y las brillantes cualidades de pintor que posee, trazando una composición decorativa en que se ven alegóricamente representadas las

ciencias, las artes y las letras, y en cuya ejecución han tomado parte varios de sus compañeros, artistas de reconocido mérito.

El magnífico antepecho y barandal de mármol, cuyo dibujo pertenece asimismo al Sr. Lozano, está ejecutado por el inolvidable y malogrado escultor D. José Bellver, y su digno compañero D. Juan Figueras, el cual á la muerte del primero prosiguió y acabó solo tan importante obra.

También merecen especial atención por su buen gusto y riqueza, el dormitorio y sala de baños hechos en estilo árabe por el restaurador y conservador de la Alhambra, Sr. Contreras, y la abundante decoración de maderas labradas ejecutada por el tallista D. Antonio Jorge.

D. JOAQUIN GAZTAMBIDE.

Al publicar el retrato de este distinguido compositor, LA ILUSTRACION DE MADRID ha tenido presente no sólo el mérito y valer que todos reconocemos en el autor de tantas y tan populares obras líricas, sino también el gran interés que en el público ha despertado su vuelta de América, aquejado de una enfermedad peligrosa que ha hecho y hace aún abrigar serios temores por su existencia á sus muchos y buenos amigos.

El título de honor del Sr. Gaztambide, y que dejará siempre señalado su nombre en la historia de la música española, es la fundación de la ópera cómica, que realizó con su actividad é inteligencia.

Bien claramente demuestra la fecundidad y talento de este compositor el número de partituras por él escritas para los teatros del Circo y de Jovellanos en las mejores épocas de la zarzuela. Ese número ascendía á 27 en 1867, habiendo entre aquellas muchas de tanto mérito y aplauso como *El Estrecho de un Artista*, *El Pleito Casado y Soltero*, *La Vieja*, *En las astas del Poro*, *El Valle de Andorra*, *El sueño de una noche de Verano*, *La Cisterna encantada*, *Outalins*, *El Juramento*, *El diablo las carga*, *Las Hijas de Eva*, *Los Magyares* y *La Conquista de Madrid*.

El Sr. Gaztambide ha contribuido también á propagar la afición á la música de los grandes maestros, como director de los conciertos y de la compañía de ópera que actuó en 1868 en el teatro de Rossini, por cuyo cargo disfrutaba el sueldo de 30.000 rs. mensuales.

El natural deseo de mejorar en sus intereses, y la necesidad de dar fecundo empleo á las dotes de actividad é inteligencia que hacen de él uno de los empresarios de más crédito, le impulsaron á realizar un viaje á la Habana, llevando consigo una brillante compañía de zarzuela y las mejores esperanzas de un risueño porvenir que le aseguraba la popularidad de su nombre.

Pero si le alojaba de España el período de marasmo en que se encontraba la Península; período mortal para las empresas que sólo pueden vivir en medio de la alegre animación que dan á un pueblo las situaciones normales, tuvo también la desgracia de llegar á Cuba en los momentos en que estalló la insurrección en la isla.

No le ofrecieron mejores condiciones para la prosperidad de su empresa la agitada república de Méjico, adonde se trasladó desde la Habana, ni la ciudad de Veracruz, en la cual también probó fortuna.

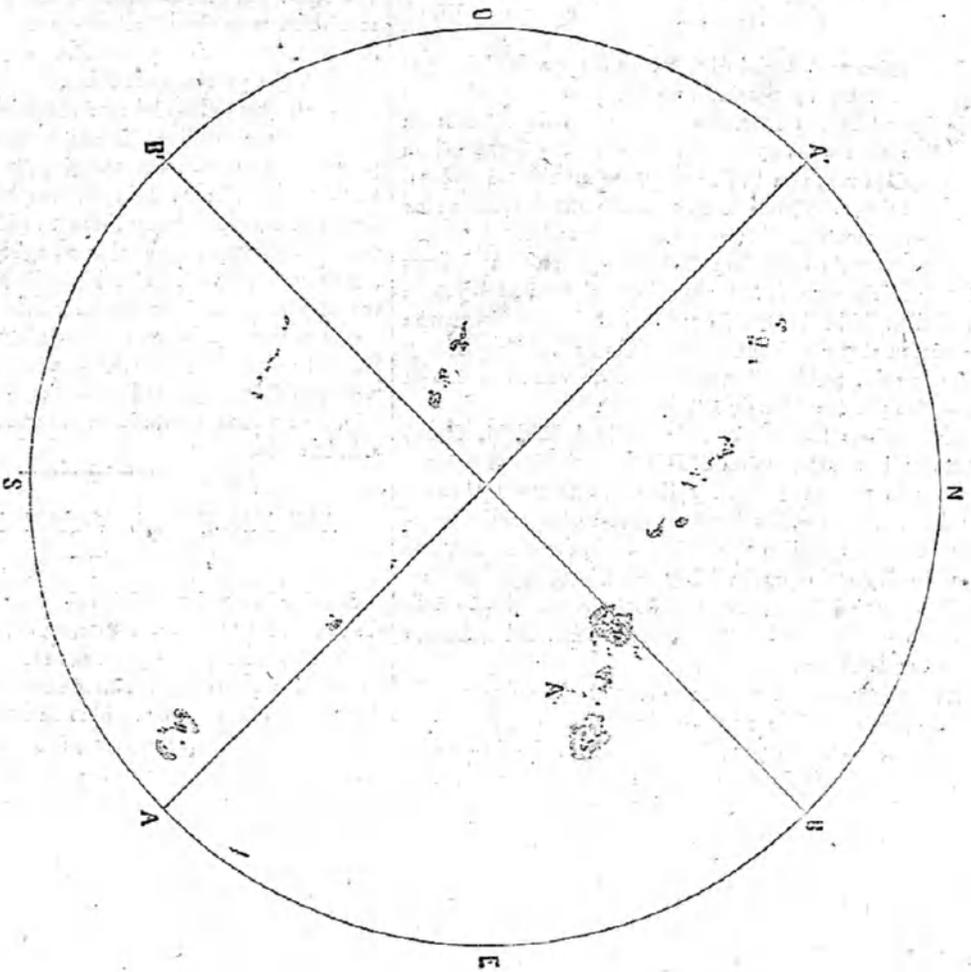
Á su vuelta á la Habana, las circunstancias habían variado un tanto. La insurrección seguía; pero ya podía decirse vencida. El Sr. Gaztambide fué recibido con entusiasmo, y el público se agrupó á ver y celebrar sus obras: su compañía obtuvo un gran éxito y los hechos justificaban ya sus previsiones, cuando el terrible padecimiento del hígado que le aqueja, hizo que los médicos de la Habana le aconsejaran su precipitada vuelta á la Península.

Su enfermedad, sin embargo, no ha obtenido alivio, y como hemos indicado, inspira serios temores. El señor Gaztambide es joven aún, de fuerte complexión y de gran espíritu. Nosotros esperamos que podrá vencer su enfermedad, y que nos dará aún con su gran talento nuevas ocasiones en que aclamarle como uno de los compositores á quienes inspira sus más bellos cantos la musa popular española.

¡Quiera el cielo acoger nuestros votos!

Soluciones del rotatorio publicado en el número anterior:

QUIEN SIEMPRE MALDAD SIEGA MALES.



TAMANO RELATIVO DE LA TIERRA.



TAMANO RELATIVO DE LA TIERRA.



MANCHAS DEL SOL ESTUDIADAS EN EL OBSERVATORIO ASTRONÓMICO DE MADRID.

